
ARNALDO VISCONTI
El Galante Aventurero
LAS DAMAS DE LA NOCHE
4
PTS.

LAS DAMAS DE LA NOCHE

El galante aventurero Nº 18

Autor: Arnaldo Visconti
UUID: afd852a8-69bb-4059-bf31-b5d410c6dba4
Generado con: QualityEbook v0.82


ARNALDO VISCONTI
El Galante
Aventurero

IMPRESO en

GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



PRIMERA PARTE

LA ARDIENTE JUVENTUD DE REVERS D'ESTOC

Capítulo I

EL HIJO DEL CORSARIO

ENTRE los idílicos parajes por los que se desliza el Sena aproximándose a París, se destaca, ceñido en amoroso abrazo por el río histórico que forma allí un ancho recodo, el pueblo de Les Mureaux.

Cuna de ilustres personajes que descollaron en artes y letras, fue patria del belicoso François Chanteloup, del pintor Georges Dugi, y de muchas otras relevantes figuras.

Pero nunca había contado entre sus naturales, con ningún destacado hombre de mar, hasta que por el año 1485, empezó a hablarse de Juliot Legars, el corsario del rey.

Un audaz navegante que combatía a turcos y holandeses con éxitos continuos. El pueblo, de Les Mureaux consideróse altamente honrado con dar a Francia un heroico marino, que rompiendo la tradición secular, no era bretón ni normando.

Juliot Legars era guapo y de impetuosa sangre. Todas las doncellas de Les Mureaux, suspiraban por el hombre que a fines del citado año 1485, aureolado de gran prestigio, visitó su pueblo natal.

Legars fue recibido en todas las casas, que entre sí disputábanse el honor de albergar aunque fuera por el espacio de unas horas, al terror de turcos y holandeses.

La familia Praviel tuvo el privilegio de darle alojamiento por

espacio de siete días… Después, el corsario partió hacia Marsella, de donde se hizo a la mar en nuevas singladuras triunfantes.

Hacía tres meses que Juliot Legars habíase marchado de Les Mureaux, cuando Juana Praviel, que a la sazón tenía veinte años, marchóse también de su ciudad natal.

Dijeron sus padres que había ido a uno de los castillos que por el Loira poseían. Nunca más volvió a Les Mureaux.

Y en el castillo de Bergoncec, un infante fue creciendo, taciturno, sin juegos ni mimos. Juana Praviel, que pasaba la mayor parte del día hundida en un sillón, enflaqueciendo, ajándose, contemplaba a instantes al niño que se desarrollaba fuerte e impetuoso.

No podía odiarlo, pero no le quería. Dura de carácter, no veía en el hijo de Legars, más que un instrumento de venganza.

Cuando el muchacho cumplió sus once años, apareció en el castillo un individuo magro, de huesudas espaldas y largos brazos.

Juana Praviel, que nunca llamó hijo ni dio nombre al hijo de Legars, hizo comparecer ante sí al muchacho.

—Saluda —ordenó, secamente.

El muchacho inclinó con brusquedad la cabeza. El desconocido se limitó a permanecer cruzado de brazos.

—Este caballero —explicó Juana Praviel—será de hoy en adelante tu ayo. Le obedecerás como a mí misma. Tiene por misión hacerte un hombre de armas, endurecer tu cuerpo y darte maestría en todas las lides de combate.

Aquel exordio gustó al muchacho, que miró ahora con cierto respeto al que continuaba brazos cruzados.

—Vete con messire Rabutin.

Messire Rabutin era un preboste de armas muy afamado. Cuando en París le visitó Juana Praviel, hizo remilgos para aceptar el extraño encargo, pero al final aceptó ante la importancia del salario principesco que le ofrecía la solitaria castellana de Bergonec.

Y empezó la lección, cuando llegaron a las caballerizas. Eligió Rabutin un potro visiblemente arisco, que coceaba y removíase turbulento, mientras él mismo lo ensillaba.

—Monta, mocoso —ordenó.

—¡Mocoso… vos mismo! —irguióse el muchacho.

—¡Tiento en vuestras palabras o del revés que os doy… os parto

la nariz!

Rabutin bizqueó asombradísimo. Hasta entonces quien le había, no ya insultado, sino simplemente rozado al pasar, yacía enterrado.

Llevóse la diestra al pomo del largo estoque de dos filos, presto a desenvainar.

Después, dióse cuenta que era su pupilo, un mozo de once años. Se rascó la perilla, contemplando atónito al muchacho que hinchada en la frente una vena, le miraba retador como un gallito furioso.

Messire Rabutin dejó oír un gruñido: era su forma de reír.

—Montad, joven señor —dijo, seriamente. Confiaba en que el potro indómito rebajaría los humos de aquel “señoritingo” pueblerino.

El hijo de Legars, no quiso confesar que era la primera vez que iba a encaramarse a lomos de un caballo.

—A mí… un revés… —mascullaba Rabutin, que soltó las bridas.

Montó sin apresurarse en otro caballo, dispuesto a recoger los restos de su discípulo. Le siguió, y un cuarto de hora después, saltó desde su silla a los belfos del potro medio salvaje.

Detuvo la larga galopada y sólo entonces, sangrante de manos, oídos y narices, el hijo de Legars, cayó de la silla, desvanecido, por los brutales esfuerzos con que había logrado mantenerse a horcajadas.

Y messire Rabutin, esperando que el muchacho recuperara el sentido, mascullό:

—Este mozo promete. Tiene músculo y coraje. Pero ¡mira… que un revés… a mí!

Abrió los ojos el muchacho, sentándose. Alzó la barbilla, retador. Sus ardientes ojos desafiaron al larguirucho preboste.

Messire Rabutin dejó oír un gruñido.

—Como no tenéis nombre y no sois ningún mocoso, os llamaré, si tal os place, Revers.

Esperó respuesta, pero el hijo de Legars limitóse a encogerse de hombros. Un gesto que tanto podía significar indiferencia como desdén.

—Montad otra vez, Revers. Os falta escuela. Vuestros tacones deben separarse de los ijares, y sólo las rodillas apretar. En cuanto a las manos, no deben asir crines ni orejas, sino las riendas. Y… tal vez consigamos hacer de vos un jinete pasable.

—¿Puedo cortar una vara de fresno, messire?

—¡Ah, ah!… Bien, tenéis mi consentimiento.

El potro indómito relinchó, pateó, se encabritó, y al final, perniabierto, quedóse inmóvil, jadeante, temblando de ancas.

Ahora era el animal el que sangraba, surcados los ijares por ramalazos, así como la testa. Y messire Rabutin fue elogioso:

—Sois un joven bestia, Revers. Creo… creo que haremos de vos un buen jinete.

Pasaron los días. Rabutin empezaba a fundirse. Ya no era un pedazo de hielo. La brusquedad, el ímpetu y la fuerza natural, así como la instintiva crueldad del joven Revers, le iban conquistando.

Y con frecuencia repetía su elogio:

—Sois un joven bestia, Revers.

A los tres meses, Rabutin trocó la espada que hasta entonces manejaba su discípulo por un largo estoque idéntico al que él ceñía.

Era un arma pesada, pero, ponía tal ardor el muchacho en manejarlo, que el preboste empezó a admirarse. Obscuramente se daba cuenta de que aquel adolescente sin infancia, era una fuerza natural, combativa e instintivamente ardorosa.

Caballo, saltos, carreras a pie, esgrima, volteo de largas mazas y corte de leños con hachas, era el diario programa con el cual Revers iba endureciéndose.

Y ambos, poco habladores, iban entendiéndose. Dormían en la misma habitación, comían juntos, pasaban el día ejercitándose, y sólo de vez en cuando, sombría y silenciosa, Juana Praviel asistía a los duelos en que maestro y discípulo, protegidos por coraza y embolada la punta de los estoques y dagas por redondel de madera, combatían el uno con ardor impresionante, el otro con sabia técnica insuperable.

—Partimos a Italia, messire —anunció aquella noche, a solas, Juana Praviel, que había mandado comparecer al preboste.

Hizo Rabutin un ademán como dando a entender que nada se le había perdido a él en Italia.

—Os doblo los gajes, si nos acompañáis.

La oferta era codiciable. Pero más influyó en Rabutin la repentina idea de que separarse de Revers, le produciría algo semejante a tristeza.

Aceptó, y gruñó cuando ella añadió:

—Hora es de que pruebe el muchacho si ha tenido buen maestro. Peligrosas son las carreteras italianas.

—Más lo serán cuando el señor viaje por ellas.

Poco después, Rabutin anunciaba a su pupilo:

—Vamos de viaje, Revers.

El hijo de Legars y Juana Praviel siguió comiendo con estolidez y gran apetito.

—¿No te interesa saber a dónde, Revers?

Encogióse de hombros el muchacho.

—Hace trece años que vives aquí, sin salir, y… otro mozo acogería con algazara esta noticia.

—Otro no sería yo, messire

Inculto y poco curioso, Rabutin, no obstante, sintióse intrigado:

—¿Es que no tienes interés por nada, Revers?

—Me odia…

—¿Eh? ¿De quién hablas?

—Ella… La señora… Me odia…

El rostro del muchacho era el mismo de siempre. No obstante, algo en su voz hizo que el insensible Rabutin gruñera:

—Figuraciones, Revers. ¿Por qué te iba a odiar la señora?

—Eso me pregunto todas las noches: ¿por qué? ¿Por qué nunca me acarició? ¿Por qué nunca he jugado con niños de mi edad? ¿Por qué ha querido que me convirtiera en un espadachín?

—Vamos, vamos… —dijo Rabutin, dándose ahora cuenta de que muy extraña era la actitud de Juana Praviel—. Las cavilaciones enferman y atosigan, hijo…

Al oír la última palabra, brillaron los ojos de Revers. Asió un cuchillo, crispando la diestra alrededor del mango…

—No repitáis nunca esa palabra, messire Os aprecio, os respeto… pero os mataré si volvéis a pronunciar esta palabra. ¡No soy hijo de nadie! ¡De nadie!

Rabutin sintióse conmovido, sin saber justamente que estaba conmovido. Empezó a comer silenciosamente. Al cabo de media hora, limpiándose los dientes con la punta de su cuchillo, gruñó:

—Vamos a Italia, Revers. Y… coge el cuchillo. Te llamaré hijo tantas veces como me dé la gana; ¿estamos, desagradecido? ¿Acaso no eres mi hijo de armas? Te he enseñado a ti lo que nunca enseñé ni al propio hijo del rey. ¡Desagradecido! ¡Vergüenza te debería dar!

Vamos a Italia, y mataremos a cuantos fantoches se nos crucen con poco respeto… ¡Y me amenazas! Como vuelvas a amenazarme por llamarte yo hijo, juro… ¡juro que te daré un revés que te partiré la nariz!

Por un instante miráronse ambos como dos fieras acechándose. Por fin, Revers sonrió, y aquel mohín iluminó su semblante suavizándolo, embelleciéndolo.

Lanzó una carcajada, difícil, por falta de costumbre. Messire Rabutin gruñó, dichoso:

—¿Vamos a dormir, hijo?

—Sí, maestro. Y… esto, perdonadme, ¿eh?

Torpemente las dos diestras se unieron, buscándose por encima de la mesa.

—¡Vamos a dormir, cuernos! —masculló, sorbiendo por las narices el preboste de armas—. Mañana empiezan tus andanzas, hijo.

Capítulo II

ANDANZAS

FUERON años de largos vagabundeos por tierras italianas. Juana Praviel viajaba instalada en litera, que, en andas, era llevada por dos robustas jacas.

Tras la litera, Rabutin y Revers tuvieron múltiples ocasiones de demostrar que formaban una pareja invencible. Menudearon las reyertas y los duelos.

Las noches procuraban acogerse a mesones o casas camperas. Y siempre juntos ellos dos, hablaban escasamente.

Cuando lo hacían, era para comentar técnicamente las incidencias de la pelea reciente.

Sólo en cierta ocasión, Revers dijo:

—La señora persigue a alguien, messire

—¿Tú crees?

—Sí.

—¿En qué te apoyas para esta finta?

—En que sostiene largas conversaciones con gentes de mar, con errantes frailes y con mercenarios sin empleo.

—Cierto.

—Y pregunta siempre lo mismo.

—¿Qué?

—Lo habéis oído tan bien como: yo, messire.

—Puedo oír mal.

—Ella siempre pregunta lo mismo: "¿Sabéis decirme dónde está un francés llamada Juliot Legars?"

—Eso es. Está bueno este pastel de liebre. La cocina italiana es de mi gusto, hijo.

Habían llegado ya hasta el estrecho de Messina, y ascendían por las rutas que hacia el norte llevaban a Venecia, cuando cierto anochecer, Rabutin no comió.

Se, acostó temblando, castañeteantes los dientes.

—Un catarro, hijo.

A la mañana siguiente, Rabutin se levantó. Lívidas ojeras circundaban sus ojos.

—Eres fuerte, Revers —dijo a modo de saludo matinal, al que yacía aun acostado al abrigo de sábanas y mantas, en el mullido jergón—. No hagas aspavientos ni grites…

—¿Por qué iba yo a…?

—Hablo yo, hijo. Tengo la peste.

Revers quedó sentado en el lecho, convulso y desencajado, Rabutin arremangaba sus vueltas de jubón, mostrando en los antebrazos unas manchas amarillentas.

—No cabe duda —continuó, fríamente, Rabutin—. He abierto las ventanas, hijo. ¿Sabes lo que me espera? Tres o cuatro días de lenta agonía…

—Hay quién se salva, maestro —dijo, roncamente, Revers.

—No. Nadie se salva. Tres o cuatro días de agonía los fuertes como yo. Es asqueroso. Yo no puedo morir, como un vulgar mercader, hijo. Tengo que morir estoque en mano. Pero… ¡cuernos!… no hay quien pueda matarme en duelo… Tal vez sólo tú… si te enseñara mi estocada secreta, un revés de estoque especial…

—¡Estáis loco, messire Rabutin!

—He pasado toda la noche pensando, y no tenía costumbre de tal ejercicio. No quiero morir apestado, tendido, temblando y cobardemente. Quiero morir en pie… ¡Y tú me harás este favor!

Saltó del lecho Revers, vistiéndose apresuradamente.

—Iré a buscar a un cirujano…

—Me sangrará, si se atreve a acercarse, y moriré igualmente de infame muerte. Evítame esta vergüenza, hijo… Te lo suplico… Yo te

enseñaré mi revés de estoque… ¡Serás Revers d’Estoc, el invencible!…

—Voy… a buscar a un cirujano…

—Eres fuerte, Revers. Sólo tú puedes darme una muerte digna de mí. Te lo suplico… ¿Me oíste nunca antes de ahora esta palabra? Yo, Bussy-Rabutin, el mejor estoque de Francia, lo cual equivale a decir el mejor estoque del mundo, te suplico…

—Pero… ¿estáis en vuestros cabales? ¿Sabéis lo que me pedís?… ¿Que yo… vuestro discípulo… os mate?

—No puedo embrocharme en mi estoque, cosa que hubiera hecho si no te tuviera a ti, hijo. Yo no sé si Más Allá me espera el diablo o me aguardan ángeles… Pero sabrán comprenderme, porque Allá tiene que haber un ángel protector de los prebostes de armas. Y este ángel, cuando me vea llegar, me dirá: “Digna muerte tuviste, Bussy-Rabutin. Enseñando a tu hijo de armas la estocada imparable de revés, la estocada secreta por la que te ofrecieron miles y miles de luises, y que nunca quisiste enseñar.” Y yo muero tranquilo, Revers d’Estoc, porque mi propia estocada será la que me evitará una agonía cruel y degradante.

—No puedo… no puedo… —gimió Revers.

—Ven conmigo, hijo. Afuera. Nace el día.

Atravesaron el patio del mesón, llegaron prontamente al campo. Mostró Bussy-Rabutin las cimas de los cipreses.

—Trinos de pájaro, olor de flores, hijo. Y en el futuro, cuando manejes el estoque, siempre te acordarás de mí. Aquí mismo, ¿no te parece?

—No puedo, señor… Es locura…

—No me decepciones, Revers d’Estoc. Tu valor no puede fallarme ahora que te necesito.

—Pero… ¡seré un asesino!

—Necio fatuo —encolerizose Bussy-Rabutin—. ¿Crees que vas a vencerme? No, no… Ya lo verás… Yo te enseñaré mi estocada… Desenvaina, mocoso… Levanta la punta. Dobla el codo, presenta en tercia, y dobla la muñeca… ¡Torpe! ¡Mira!

Colocóse Bussy-Rabutin en la posición que estaba enseñando por vez primera. Maquinalmente le imitó Revers.

—Ahora, ¿qué haría yo ante un adversario que me presentara esta postura? ¡Trabar en cuarta, sesgando! ¡Es obligatorio! ¡Traba!

Maquinalmente, instintivamente, encontróse Revers siguiendo las indicaciones de su maestro.

Y de pronto vio demudado, cómo su estoque, obligado por el acero de Bussy-Rabutin, asestaba de revés recio tajo…

El preboste bajó rápidamente su estoque, y el arma de Revers, al no encontrar resistencia en su sesgo, tajó lateralmente el cuello de Bussy-Rabutin.

—¡Perdón…! ¡Maldito sea yo! —sollozó Revers.

Tambaleándose, Bussy-Rabutin hincó la punta de su estoque en el suelo, y se apoyó en la guarda. Gruñó:

—Ya conoces… mi estocada… Revers d'Estoc… Eres mi heredero. Los mejores espadachines… hocicarán ante tu revés… ¿Recuerdas? Me prometiste un revés en las narices… ¡No te acerques!… Parte pronto de esta comarca… Buena suerte, hijo…

Desangrándose lentamente por la yugular cercenada, abierto de piernas, apoyando con pesadez sobre su estoque que iba hundiéndose en la tierra, doblado el busto Bussy-Rabutin sonreía.

—Os quise, señor… ¡como a un padre!… —sollozó, arrodillándose, Revers d'Estoc—. ¡Y… os he matado!

—Fatuo… presumido… Yo he sido quien… me he dado muerte… pero con tu estoque vencedor… Gracias, hijo… Te… ordeno que te vayas… Y que tu última imagen me vea… ¡así!… ¡De pie!

—Padre… —hipó Revers d'Estoc, levantándose—. Adiós…

—Hasta la vista… y que sea tarde, hijo. ¡Vete!…

Corriendo, alejóse Revers d'Estoc. Oculto entre arbustos, vio cómo el férreo maestro de armas, doblábase repentinamente, y quebrada la hoja de su estoque, abatíase de bruces, muerto.

Irguióse y limpióse los ojos con un revés de mano.

—Adiós, messire Vuelvo a estar solo en el mundo.

* * *

Juana Praviel escuchó la lacónica declaración de su hijo:

—Messire Rabutin ha muerto en duelo, señora.

—¿No lo pudiste impedir?

—Llegué… tarde, señora.

—¿Has llorado?

—¡No, señora!

—Tus ojos arden.

—¿Sólo hoy os dais cuenta, señora?

Ella, sin contestar, subió a la litera, y su hijo recogió los peldaños que a modo de estribo colgaban de ella.

—Al norte, Revers. Siempre al norte. Hemos de llegar a Venecia.

Un mes después, Juana Praviel permaneció tres días consecutivos en la habitación del mesón donde se alojaban. Mandó decir por criadas que se encontraba indispuesta.

Al cuarto día mandó llamar a Revers.

Juana Praviel semejaba una luz que, extinguiéndose, tiene sobresaltos postreros en los que brilla con mayor energía.

Sin saber por qué, Revers d'Estoc quitóse el sombrero, y miró casi con compasión a la yacente.

—He llegado al término de mi viaje de angustias, Revers.

—¿Os encontráis enferma, señora?

—Agotada.

—Os repondréis. Es el cansancio del continuo viajar…

—Para mí acabó el viaje. Has tenido una infancia muy triste…

—No he tenido infancia, señora.

—¿Me odias?

Por vez primera había en la entonación de ella un lamento, una queja de tardío remordimiento.

—Vos sois quien, por razones que ignoro, me odiáis.

—¡No! Antes de que tú nacieras, yo era cariñosa, y ansiaba querer… Pero un hombre apareció en mi existencia, y mustió mi alma, dejándome el corazón pleno de odio… Mató a tu padre… Mató mi alma, mi alegría… Este es el secreto de tu nacimiento, Revers… Sin culpa ninguna por tu parte, veía siempre en ti… al asesino de mi alma… No puedes perdonarme. He sido un monstruo contigo… ¡una madre indigna!

Revers d'Estoc se arrodilló junto al lecho. Tenía sencillez el ademán con que preguntó:

—¿Ese hombre, señora?

—Juliot Legars, un corsario francés. Irá a Venecia… Mátalo, pero que sepa que eres tú, el hijo de Juana Praviel quien venga la infamia que él cometió. ¡Júramelo!

—Juro.

Irguióse ella porque veía en la faz de su hijo una terrible expresión, y triunfante preguntó:

—¿Le odias?

—Mató mi niñez y me robó las caricias de una madre… Reclinaos, señora. Permitid que os acomode…

—Tu frialdad me asusta… Sabes ya que soy tu madre…

—Sois una dama que agoniza, señora.

—Eres Par de Francia por herencia. Tu nombre…

—¡Mi nombre es Revers, y desde hoy Revers d'Estoc! Hay en el mesón un fraile franciscano, señora. Tal vez os consuele en vuestras últimas horas.

—Tu crueldad me abruma, Revers… ¡Soy tu madre!

—Tarde me lo decís, señora. Yo os avergonzaba, y no visteis en mí más que un instrumento de venganza. ¿No llamasteis a un preboste para que endureciera mi cuerpo y me enseñara a matar? ¿No pensasteis que vuestro desprecio endurecería mi alma, matándola? Dios os perdone, señora… ¡Que no yo!

—¡Hijo! —clamó ella, con desgarrada voz.

Revers d'Estoc ya en la puerta, dio media vuelta. Abalanzóse, y en ronco sollozo se abatió arrodillado, besando la marfileña diestra entumecida de la agonizante.

—Esa era la palabra que esperaba, madre.

—Perdóname… perdóname…

—No sufras, madre. Yo te vengaré, y ¡Juliot Legars lamentará haber nacido!

El primer beso fue el último. Como si en aquel gesto maternal, Juana Praviel vertiera su quebrantada alma, cayó hacia atrás.

No temblaron los dedos de Revers d'Estoc, Par de Francia, cuando cerró los párpados yertos de quien le dio el ser.

* * *

Los caminos eran peligrosos por aquel entonces. Abundaban los mercenarios, y toda clase de aventureros.

Bastaron siete días para que prontamente circulara como reguero de pólvora, la noticia de que un salvaje taciturno, de aspecto juvenil y hermoso, que seguía camino hacia el Norte, llevaba consigo la muerte.

A la menor provocación, aquel francés que atacaba al grito de "Revers d'Estoc!", convertíase en humano torbellino sembrando el pavor y la muerte entre los expertos duelistas.

Cierta noche, en la posada de una pequeña aldea, unos comediantes ambulantes montaron el tinglado sobre el que representaban la pantomima de "El Rey de las Cien Sopas".

El Doctor, Polichinela, Arlequín, Colombina, y Rosaura, dábanse réplicas con mucho gracejo y oculta intención satírica.

Revers d'Estoc, que asistía por vez primera a una representación de aquella índole, se interesaba en la farsa, comprendiendo obscuramente, que, bajo las apariencias ridículas, cuanto en el tinglado se decía tenía honda significación.

Pero los aldeanos no gustaban de finuras. Preferían las comedias ligeras al estilo de "La Mandrágora", donde el eterno marido engañado suscitaba alegres risotadas.

Empezaron a demostrar ostensiblemente su protesta. Llovieron jarros sobre el escenario.

El Doctor trató de disipar la tormenta que se avecinaba, con mesurado discurso. Arreciaron los aldeanos en su agresiva actitud, envalentonados como masa desencadenada…

Y súbitamente, un hombre solo, pegando de plano con su estoque a los armados de palos, y atravesando muñecas a los que esgrimían aceros, despejó la sala.

Era tal el ímpetu con que había acometido a la muchedumbre, que tanto más resaltó la tranquilidad demostrada al decir, sentándose cerca del tinglado:

—Ruego continuéis. Me interesa la farsa.

"Es Revers d'Estoc", rumoreaban los que desde lejos presenciaban como ante un solo espectador, los comediantes proseguían.

Al terminar, precipitadamente ordenó el Doctor, fuera puesto en el carro tirado por dos bueyes, el desmontado tinglado.

Subieren en la carreta las dos mujeres. Arlequín, Polichinela y Scaramuccio hostigaren los bueyes.

El Doctor hizo manifestó su agradecimiento al taciturno joven, en términos floridos.

Ensilló Revers d'Estoc, y siguió tras la carreta.

—Vamos a Venecia, caballero —explicó el Doctor.

—También yo. Os acompaño. Me gustaría aprender vuestro arte.

—¡Ah, señor, señor! ¡Vos sois el Leandro que me hace falta!

—¿Leandro?

—Es el apuesto doncel que arrebata corazones femeninos… Ved cómo Rosaura y Colombina os contemplan embelesadas…

Continuó el Doctor en sus discursos. Pero ya Revers d'Estoc mirábase en los hermosos ojos de la fascinadora Rosaura.

Y fue Leandro, hasta que después de conocer a un gascón jovial y espadachín, que le sustituyó en el puerto de Sansovino, aceptó ser escolta personal de Olimpia Steno, la hermana del Dux.

Aceptó, porque ella prometió darle la posibilidad de enfrentarse con Juliot Legars.

Y avanzada la noche, ambos solos en la góndola sonrosada, que fama tenía de albergar amoríos y orgías, Revers d'Estoc comprobó que Olimpia Steno, además de ser una sensual patricia caprichosa, tenía ocultos designios en asociación con otras damas que elegían la noche por misteriosos propósitos ajenos al placer, aunque bajo esta máscara encubrieran sus verdaderas intenciones.

Un remero sordomudo, empujaba la larga góndola por los canales, apoyando su recia musculatura en la pértiga…

Una daga silbó, incrustándose entre los dos omoplatos del gondolero Revers d'Estoc tendióse, y por encima de él silbó otra daga…

Saltó a tierra después de inmovilizar la góndola… Y así fue cómo trabó relación con Luys Gallardo, el galante aventurero.

SEGUNDA PARTE

EL ESPECTRO DEL PASADO

Capítulo I

LA FALLIDA EMBOSCADA

EN la Piazzetta Gialla, centro de una de las siete islas formadas por los canales, agrupábanse una treintena de hombres.

Para los venecianos, eran inconfundibles los espías de Gino Mancini, reclutados entre los más avispados y diestros bravis de los bajos fondos.

El mando directo de aquel pequeño ejército de las tinieblas pertenecía a Loredan Corvineli, secretario íntimo del conde Mancini.

Cuando Corvineli tenía muchos menesteres, delegaba su mando en Tazio Azeglio, un corcusido bravi de triste renombre.

Alrededor de Tazio Azeglio agrupábanse los restantes, esperando órdenes.

—Por aquella callejuela —señaló Tazio—, aparecerán primero, corriendo, Giotto y Marco, procedentes del Gran Canal. Tras ellos irá un hombre, que es un francés aguerrido y poseedor de una descomunal fuerza. No debemos herirle. Para esto traéis las redes. Menos Giotto y Marco, debéis todos colocaros bajo los soportales. Seis con la red dispuesta; los demás, preparados por si vinieran otros con el francés. Podéis matarlos. Cada uno a su sitio.

Desfilaron los esbirros, quedando tan sólo dos junto a Tazio Azeglio. Inconscientemente, la voz de Azeglio se hizo respetuosa:

—La góndola sonrosada pasará por el Gran Canal. Tú mismo, Giotto, lanzarás daga dando muerte al sordomudo. Esto es fácil. Tú, Marco, que eres el mejor tirador, lanzarás de modo que el que esté a bordo se crea agredido. Correrá tras vosotros, y lo atraeréis aquí. Sois ligeros, pero… no lo seáis tanto, como para que el francés os pierda la pista. El conde Mancini tiene gran interés personal. Recibiréis, pues, diez ducados cada uno. Y no quiero ni pensar en lo que recibiréis… si falláis.

—No fallaremos, Tazio.

—Es asunto fácil.

Tazio Azeglio ocupó cómoda postura, sentado bajo un soportal. Acababan de tocar las doce campanadas nocturnas, y aún no habían señalado los espías apostados al efecto, la entrada de Olimpia Steno en la góndola sonrosada que aguardaba.

Giotto y Marco se colocaron junto a una columna cercana a una anchurosa escalinata, cuyos últimos peldaños eran bañados por el agua del Gran Canal.

Deslizábanse de vez en cuando góndolas, unas silenciosas, otras dejando oír algazara de risas y canciones en sus camaretas.

Era el espectáculo de siempre. Giotto y Marco, pacientemente, acecharon el paso de la góndola tallada en madera de color rosa.

* * *

Luys Gallardo deambulaba por los malecones como un transeúnte más, de tranquila conciencia.

Podía así cerciorarse de que la góndola alquilada, seguía paseando sin contratiempos a Hermosilla, que visible en la camareta —sus rubios cabellos habían sido ennegrecidos con corcho ahumado— parecía escuchar el galanteo de Cayo, uno de sus padres adoptivos.

En la pértiga, Policarpo era un perfecto gondolero discrepo.

Serían las tres de la madrugada, cuando el trovador se detuvo en una anchurosa, escalinata junto al Gran Canal.

No podía engañarse. La dama del antifaz que ocupaba la gran camareta de una góndola sonrosada… era la misma que en el mesón de Rugieri, habíale dado apasionado beso…

Silbó a sus oídos un susurro agudo e inconfundible. Otro le

siguió, y antes de ver caer al gondolero hercúleo, ya Luys Gallardo, experto lanzador de dagas, sabía a qué atenerse.

Miró… y vio dos sombras correr torpemente. Lanzóse en persecución de los agresores alevosos.

Saltaba con alegre expansión de su ágil musculatura amante de riesgos y ejercicios en los que románticamente, jugándose la existencia, acechaba siempre el embriagador vino del peligro ignoto.

Dos traidores asesinos, pensó… Oía tras él los recios pasos de un hombre corriendo. El mismo que vio saltar desde la góndola, y que había hurtado el cuerpo a la mordedura de la segunda daga.

Dos traidores asesinos, volvió a pensar… Enfilaban ya larga callejuela.

Asió tras su cinto dos empuñaduras, y dando traspiés, Giotto y Marco bracearon desesperadamente para no caer, detenidos en su carrera de señuelos por dos hojas de acero hincadas en la nuca…

Arañaron el aire, y cayeron.

—Quien por la espalda mata, por ella muere — murmuró Luys Gallardo, sacando las dagas de su vaina humana.

Las limpió en la capichuela de los dos bravis, y volvióse hacia el lugar donde Revers d'Estoc acababa de detenerse.

Pestañeó, porque el desconocido le saludaba en forma extraña,

Le tendía un camafeo montado en lujoso anillo, y decía:

—Sois esperado, señor Luys Gallardo. La dama que esto os envía por mi mediación, os necesita.

—¿Me conocéis, señor?

—Ahora.

Sonrió, dura la mirada, el trovador. Aquel taciturno joven daba instantáneamente la impresión de un cruel felino…

—¿Os conozco? —inquirió.

—Ahora. Me llamo Revers d'Estoc. La dama espera.

Luys Gallardo encaminóse hacia la góndola. Saltó a ella. Revers d'Estoc asió la caída pértiga. Utilizóla como palanca, y el cadáver del gondolero desapareció, hundiéndose en las aguas mortecinas y grises.

Empujó, y la góndola deslizóse hacia el centro del Gran Canal.

Olimpia Steno, cubierto el rostro con el antifaz, mostró la esplendente sonrisa de su carnosa boca, al acoger el saludo de Luys

Gallardo.

—Vuestro esclavo, hermosa.

—¿Quiénes eran los que osaron atacar mi góndola, español?

—Dos que descansan en paz.

—¡Revers! —gritó ella— ¡Pudisteis traer a los agresores para que los identificara yo!

Apoyado en la pértiga con la que impulsaba la góndola, Revers d'Estoc replicó:

—No soy enterrador.

Sonrió ella, señalando, a su lado, asiento al trovador.

—¿Simpático, verdad, el caballero Revers? —dijo ella.

—Vos lo sabréis, que de remero lo elegisteis.

—Es mi personal escolta… ¿Os interesa la dama de esa góndola que acaba de adelantarnos?

—Tal vez. Si hemos de pasear, me gustaría seguirla.

—¡Revers! ¡Hacedme la merced de seguir, a distancia, la estela de la góndola que tiene banderola verde!!

Escanció ella vino en una copa, que tendió a Luys Gallardo.

—Me complace veros, español. Sois un sol comparado con la negrura de Revers. Os debo explicaciones…

—Nada me debéis.

—Vos me devolvisteis sin leerlos papeles importantes que Galeazzo Muzio hubiera utilizado contra mí. Os paseáis por Venecia con… verdadera desfachatez. ¿No sabéis que a estas horas todos los espías tienen vuestra descripción? Tendríais que estar muy lejos o escondido, y no paseando a rostro descubierto.

—Cuando perdéis un pañuelo nunca lo buscáis sobre la mesa, sino por los lugares más recónditos.

—Ciertamente. Cuanto más visible esta algo, menos se ve. Me gustáis, español.

—Me ruborizáis, veneciana.

—Sois un tuno caballeroso. ¿Qué habéis hecho desde ayer?

—Mucho y poco. Sentir mi sangre latir a los efluvios de voluptuosidad que Venecia desprende… No hallar amor…

—Fácil os sería… Pero, ¿cuál pudo ser la mano que pagó a los dos bravis que osaron atacar mi góndola?

—Dijo vuestro escolta que me necesitabais.

—¿Seguís dispuesto a desafiar a Mancini?

—Ya nos conocemos.

—¿Sí? ¿Es posible? ¡Contadme, contadme!…

Explicó Luys Gallardo la suplantación que de Hermosilla hizo la apodada Abeja…

Olimpia Steno rio regocijada.

—¡Sois único y genial, trovador! Y vuestra carta debe haber causado en Gino Mancini un arrebato de frío furor… Rechina los dientes cuando se enfurece. ¡Sois magnífico, señor Luys! Os merecéis… lo que pidáis. Pedid.

—Otra copa de este buen vino —ironizó el trovador.

Cuanto se hablaba en la camareta de abiertas cortinas lo oía Revers d’Estoc.

Y el francés mostró los dientes en mueca de sonrisa, al oír la respuesta del trovador a la invitación de la hermana del Dux.

Olimpia Steno escanció vino, acercándose más al español;

—Puesto que habéis declarado guerra abierta a Mancini, me gustaría contar con vuestra ayuda. ¡Odio a Mancini… y estoy reuniendo pruebas suficientes para degradarlo…! Ahora sabréis por qué tengo tanto interés en conocer extranjeros, sin familia en Venecia. Contra ellos no puede Mancini tomar represalias dolorosas en sus familias. Y a la vez, adquiero informes acerca de los dos florentinos.

—Nada sé de ellos, pese a mis viajes.

—¿Y por casualidad… no conocisteis a un nombre llamado Juliot Legars?

—¿El capitán corsario Legars?

Revers d’Estoc inclinó el busto, con avidez.

—¡Le conocéis! —clamó ella.

—He oído hablar de él. Al parecer hay tres españoles en Venecia que esperan de un día a otro su llegada.

—¿Quiénes son? —inquirió, bruscamente, Revers d'Estoc,

Luys Gallardo alzó el rostro, ladeando el busto,

—¿Quiénes son? —repitió el francés.

—Moderad la impaciencia, Revers —atajó ella—. Seguid tras la góndola que os indiqué. No os piquéis, español. Juliot Legars dio muerte a los padres de Revers, ¿comprendéis?

—Si es así, caballero Revers, os prometo que inmediatamente que sepa donde se halla Juliot Legars, os lo comunicaré.

—Gracias —dijo, secamente, Revers.

Remó, con brío para acortar la distancia y mantenerse en la estela de la góndola que llevaba a Hermosilla, Cayo y Policarpo.

—Entonces, español, ahora Hermosilla está en peligro, porque Gino Mancini habrá soltado a su jauría de esbirros tras ella.

—Sí.

—¡Ojalá nunca la encuentre!

—Vos podéis lograrlo.

—¿Como?

—En la góndola que nos precede, va Hermosilla con sus padres adoptivos.

Sonrió ella, divertida.

—Ingenioso, pero al amanecer será peligroso… Yo, puedo darles amparo seguro. En mi palacete, estarán protegidos… ¡hasta que vos y yo terminemos con Mancini!

—Gracias en nombre de Hermosilla. Contad conmigo de ahora en adelante.

—Podéis comunicar a la doncella, que yo, Olimpia Steno, hermana del Dux gobernante, le doy protección —manifestó ella enfáticamente, quitándose el antifaz.

—Alteza… —saludó, burlón, Gallardo.

—Ya sé que para los trovadores no hay altezas ni cumbres.

—Os llamo Alteza porque sois reina de belleza. ¿Puedo anunciar la buena nueva a mis amigos? Con vuestro permiso cogeré el remo, y si tenéis a bien indicarme dónde radica vuestro estuche…

—Os advertiré. Torced por el canal San Marcos… Ya os avisaré.

Reverá d’Estoc entregó la pértiga, y poco después Luys Gallardo adhería el estribor de la góndola sonrosada contra el babor de la impulsada por Cayo.

—No repitáis nunca esta palabra, messire,

—Seguid mi estela ahora, amigos. La propia hermana del Dux nos da gentil hospitalidad segura.

Revers d’Estoc acudió al gesto perentorio de Olimpia Steno.

—Tratad de ser menos brusco con el señor español. Es quisquilloso, y gran espadachín. No quiero perder dos magníficos escoltas.

—Él me entregará a Juliot Legars. No pelearé con él.

—Os alojaréis en mi palacete y, al caer la noche, sabréis quiénes

son las Damas de la Noche. Prefiero que sustituyáis al español en el remo, Revers. Me sois profundamente antipático… ¡pero valéis mucho como escolta!

Luys Gallardo miró unos instantes al que tendía la mano hacia la pértiga.

Cedió el largo madero, y regresó a la camareta.

—¿Es indiscreción, Alteza, preguntaros si el caballero Revers me considera rival?

—Revers es solamente un escolta. No tiene más afán ni ambición que la de hundir su estoque en el corazón de Juliot Legars. Os alojaréis en mi casa, Luys Gallardo. Nadie os buscará en ella. ¿Habéis oído hablar de las Damas de la Noche?



—No repitáis nunca esta palabra, messire.

—No.

—Son las que terminarán, con el oprobio de que en Venecia

reinen Gino Mancini y Galeazzo Muzio.

—¿Vos sois una de ellas?

—Yo ideé unirme con dos patricias… que conoceréis… Son bellas, atractivas, y amables… No hay caballero que se resista a su encanto. Muchos informes he obtenido gradas al encanto de mis dos compañeras.

—Tres eran tres las hijas de Elena… —canturreó el trovador.

Revers d'Estoc mostró de nuevo los dientes. Iba sintiendo algo semejante a simpatía hacia el descarado trovador, que en nada se mostraba propenso a servilismos ante la hermana del Dux.

—Por juglar os son permitidas todas las licencias —dijo ella.

—Tutearte, sonreírte, y adorarte, mi dama.

—Emperador eres, trovador, y mucha gratitud te debo. Contigo y con Revers, las Damas de la Noche triunfarán.

—Ya que tanto me distingues, ¿puedo saber qué propósito persiguen las Damas de la Noche?

—Demostrar que Gino Mancini y Galeazzo Muzio son dos asesinos cuya ruindad es insospechada Y cuando La Señoría tenga pruebas de lo que ahora sólo sospecho, lenta agonía vivirán en los Fosos los que se atrevieron con hábil talento a dominar en Venecia. ¡Aquella escalinata, Revers! Donde las columnas tienen el escudo del Dux.

—Entonces, ¿es un duelo sordo y en las tinieblas el que las Damas de la Noche han concertado contri Mancini y Muzio?

—Y el triunfo está cercano.

—Tu seguridad, y la mía en que siempre Eva triunfa, porque posee armas irresistibles, me hace pensar que pueden preparar sus alforjas hacia los Fosos, los excelentísimos señores condes Mancini y Muzio.

Capítulo 13

EL PASADO NUNCA MUERE…

EL ala izquierda e inferior del palacio de La Señoría, estaba destinada al uso particular de los principales personajes que formaban el servido secreto de información: el conde Mancini, el conde Muzio, y Loredan Corvineli.

Estos tres personajes tenían allí sus gabinetes, y de continuo, día y noche, una ronda de bravis circulaba por las galerías en espera de mensajes y órdenes que comunicar en enlace permanente con el resto de agentes desperdigados por la ciudad.

Con frecuencia hasta altas horas de la madrugada, permanecían allí los tres jefes que constituían el "puntal en las tinieblas" en que se apoyaban los componentes del Consejo de los Diez.

Y constantemente afluían por las Bocas de León esculpidas en el muro del ala izquierda e inferior del palacio, anónimos con denuncias de cuyo contenido rápidamente se cercioraba el propio Corvineli, a veces sin necesidad de enviar agentes: simplemente compulsando los archivos que guardaban abundantísima documentación.

Entonces, la góndola roja, la más grande después de la perteneciente al Dux, poníase en movimiento.

Sus seis esbirros seleccionados y sus dos verdugos —ocho siniestras figuras de seis antifaces y de capuchas rojas— iban en

busca de los denunciados que eran conducidos a los Fosos, o muchas vece simplemente ejecutados a bordo, y arrojados al fondo del canal.

Cuando la denuncia aparecía firmada, y resultaba cierta la culpabilidad del acusado, los bienes o fortuna de éste pasaban a ser propiedad del denunciante.

Un modo especial de heredar, que proporcionaba a La Señoría numerosas ocasiones de hacer abortar en embrión toda incipiente conspiración.

Galeazzo Muzio solía dormir en alcoba anexa su gabinete, cuando no salía en busca de fáciles aventuras amorosas.

Aquella noche dormía agitadamente, porque el hombro atravesado por la espada de un insolente español, le causaba molestias, y su brazo en cabestrillo parecía destinado a chocar siempre contra cualquier objeto próximo.

Despertó prontamente al sentir pasos cautelosos y uno de los que formaban su escolta personal, asomó la cabeza para comunicar que de urgencia le invitaba a personarse el conde Mancini en su gabinete.

Malhumorado, soñoliento, Galeazzo Muzio sintió añoranza de los tiempos en que era tan sólo un maleante dispuesto a todo, pero que dormía cuanto se le antojaba.

Entró en el gabinete de su cómplice, muy poco dispuesto a ser cordial. Pero apenas divisó el semblante de Gino Mancini, comprendió que algo muy grave debía haber sucedido…

No en vano conocía desde veintidós años antes a su aliado. Propenso a mujeriegos lances, preguntó:

—¿Le ocurrió grave contratiempo a Hermosilla?

—Lejos de mi pensamiento está ahora. Siéntate, Galeazzo. ¡Estamos perdidos!

Galeazzo Muzio sentóse, y como siempre, adoptó un tono familiar de protección.

—Así lo creíste cuando murió el Dux Guidalfonso, cuando murió tu esposa, cuando los turcos lograron mantener en Venecia espías suyos… y aquí estamos sanos y salvos. Valemos mucho para…

—Tregua a la necia vanidad, Galeazzo. Esta vez… ¡es gravísima la situación! ¡Juzga tú mismo! ¡Lee!

Tendió, dramáticamente Mancini un arrugado papel, que

Galeazzo Muzio, alisó con parsimonia.

“Pacientemente hemos ido reuniendo pruebas que acabarán con el insultante poder de dos florentinos. A vos, Loredan Corvineli, os anticipamos que sabremos confirmar ante La Señoría y el propio Dux, que dos criminales no pueden regir el tenebroso y supremo poder que les hace ser dueños de los misterios de Venecia.

"Acusamos a Galeazzo Muzio de haber envenenado a una mujer llamada Leonora Cipriani, y de haber borrado todo rastro al parecer, raptando a una niña, hija de Leonora Cipriani, y de cierto florentino, como sobremos demostrar llegado el momento.

"Un crimen que el Dux no perdonará. Podéis aconsejar a Gino Mancini que su triunfo estará en huir, porque implacable será la venganza de las

“Damas de la Noche”.

Con su mano válida enjugóse Galeazzo Muzio el sudor que la lectura acababa de hacer brotar de su frente.

—No puede ser… —balbució—. Nadie me vio, nadie sabía…

—Es y saben… ¡Y nosotros no sabemos quiénes son las Damas de la Noche! ¡Estamos perdidos! Pero… —y la voz de Gino Mancini se tornó acusadora—. ¿De qué niña hablan…? ¡No me mientas!

—No pienso mentirte, Gino. Tú, cuando me enviaste a Livorno para envenenar a tu esposa a fin de poder casarte con la Pentivoglio, nada me dijiste de una niña.

—¡Nada sabía! Cuando la dejé, nada me dijo ella, Leonora, de que estuviera esperando… ¡Habla de una vez!

—Verás, Gino, sin alterarnos, como buenos amigos… Dame de beber; tengo sed. No perdamos la cabeza, Gino…

Hubo una pausa, mientras ambos bebían.

Desde su gabinete contiguo, Lorenzo Cipriani, el que para todos los venecianos era Loredan Corvineli, escuchaba cuanto decían ambos cómplices, gracias al ingenioso dispositivo acústico que bordeaba, tras grueso cortinaje, el muro medianero…

Por fin, iba a conocer cuantos detalles ultimarían lo que ya Juliot Legars en su celda habíale dicho.

Oyóse la voz de Galeazzo Muzio, que, con campechanía, decía:

—Nada mejor que un buen trago para aclarar los pensamientos. No debemos perder la serenidad, Gino.

—Dime: ¿qué ocurrió en Livorno? ¿Por qué hasta hoy, callaste lo

que debiste decirme?

—¿Para qué? Como te expliqué, vestí ropas de dominico, y fingiéndome un tal Fra Gismondo logré colocar tras un cofrecito la carta en que imitando la letra de Leonora Cipriani, ésta confesaba que desesperada, ponía fin a…

—Abrevia.

—…a sus días. En mi papel de fraile, que desempeñé a las mil maravillas, le ofrecí un vaso de agua conteniendo el venero.

—Todo esto ya lo sé. ¡Te pido me digas qué hiciste… con mi hija!

—Paternidad tardía, Gino — rio Muzio, cínicamente—. Me encontré allí con la criatura, y debía llevármela, porque Leonora me creía el fraile enviado desde Milán para recogerla… Después, ¿qué iba yo a hacer con el crío? Pensé arrojarlo al mar, pero había una gabarra con nombre francés, y allí eché al crío… que se llamaba Violeta. Y asunto terminado.

—¡Imbécil! ¿No has leído?

—Bueno, ¿y qué? Saben que tuviste esposa y una hija. ¿Y qué? ¿Cómo demostrarán…?

—Están reuniendo pruebas.

—¿Y qué? Leonora murió envenenada, suicidándose. No estamos perdidos. Ten serenidad,

—Si La Señoría me llama…

—Un hombre de tu posición siempre es calumniado. Demostrarás, puesto que no se pueden presentar pruebas contra ti, que todo son viles calumnias. Además, fíjate que a quien acusan es a mí, y no me emociono. Al principio, naturalmente, recibí mi golpe… Ya pasó. La verdad sólo tú y yo la sabemos, y nadie más.

—Galeazzo —dijo, suplicante, Mancini—. Delante de mí quemarás aquel documento que te firmé… Hazlo… Nos va en ello la vida. Si por cualquier circunstancia cayera en manos de La Señoría…

—Seamos sinceros, Gino. Hasta hoy estoy seguro de tu fidelidad, porque te inspira temor ese documento que en buen lugar y muy seguro está. Sin tal documento, ¿qué soy? Un espectro de tu pasado… y nada tienes que temer, pero yo sí, cuando quede sin mi garantía.

—Es jugar con fuego guardar ese papel, Galeazzo.

—Nadie más que yo sabe dónde está… y a mi muerte, si fuera misteriosa, saldría de su escondrijo, para acusarte.

—Entonces… con tu desconfianza has… impuesto a otra persona en el secreto.

—Sí, pero es alguien, quien menos piensas, que nunca lo empleará, a menos que muera yo de muerte sospechosa. Pero no nos extraviemos, hijo. Vamos al asunto. ¿Quiénes son las Damas de la Noche?

—¡Ojalá lo supiera! Loredan está haciendo indagaciones…

—Es curioso —murmuró Muzio, acariciándose el mentón, entornados los párpados.

—¿El qué?

—¿Leyó Loredan esta denuncia?

—Naturalmente, como hace con todas.

—Entonces… ¿y si jugara doble juego?

—No te entiendo.

—A veces eres ingenuo, Gino. Loredan es muy inteligente. Y si cayéramos en desgracia ante La Señoría… ¿qué sucedería? Con toda, seguridad, Loredan sería el elegido para substituirte. Esto se le habrá ocurrido a él. Dices que activamente está indagando quiénes pueden ser las Damas de la Noche. ¿Y si se alía a ellas en contra de nosotros?

—No crees en la fidelidad, ¿verdad, Galeazzo?

—No.

—¿Qué me aconsejas?

—Debemos andar con tiento. Pondré espías a Loredan. Y dedicaré todos mis esfuerzos a dar con Las Damas en cuestión. ¿Tienes alguna sospecha?

—Se rumorea que varias damas de fascinantes encantos, pasean en góndola, acompañadas por cabilderos…

—¡Gino, Gino! —reprochó, campechano, Muzio—. Si hay en Venecia ochenta mil damas encantadoras, setenta y nueve mil novecientas noventa y nueve pasean en góndola con sus esposos, prometidos o amantes. Y como todas llevan antifaz… Busca una aguja en un pajar. Nuestra mayor seguridad está en que no hay pruebas contra nosotros, ni las había. Duerme tranquilo, que mañana será otro día.

Confortado con la despreocupación de Muzio, Gino Mancini

recobró ánimos.

Mientras, en su gabinete, Loredan Corvineli meditaba. Necesitaba el documento que poseía Galeazzo Muzio…

Y pensó en Olimpia Steno, la mujer que habíase negado a corresponder al apasionamiento del conde Muzio…

* * *

Mediaba la mañana del día siguiente, cuando Gino Mancini, en su gabinete, compulsaba todos los informes destacados, que habíale remitido Loredan Corvineli.

Agitó la campanilla:

—Messer Corvineli —ordenó al bravi, que oficiaba de ujier.

Poco después, Lorenzo Cipriani entraba, obsequioso y reverente.

—Buenos días, Loredan —saludó, amable, Mancini—. Por lo visto vamos de fracaso en fracaso, desde que por Venecia apareció el español Luys Gallardo. Acabo de leer los informes. Parece que la tierra se ha tragado a Hermosilla, y a los tres españoles. Y para colmo, mi bien urdida estratagema para apoderarme del caballero francés que merece la atención de Mona Olimpia, ha fallado por la ineficacia de dos imbéciles que se hicieron apuñalar por el francés. Veamos si tenéis algo mejor que anunciarme. ¿Qué hay de las Damas de la Noche?

—Esta noche vuestra góndola, excelencia, si os dignáis ordenar que me conduzca por los canales, puede dar con ellas. Conozco a cuantos residen en Venecia… y se me antoja, excelencia, que madona Olimpia no debe ser ajena a las Damas.

—¡Diantres! ¡Es muy posible! Me detesta… Sois inapreciable, Loredan. Pero… tiento y pies de plomo. Es la hermana del Dux.

—Tal vez pueda demostrar que conspira, tal como sugeristeis, excelencia, ya que muestra tanto afán en rodearse o buscar la compañía de caballeros extranjeros.

—Loredan, tenéis mi palabra de honor, de que si lográis hundir a las Damas de la Noche… ¡tenéis fortuna hecha! Daré órdenes para que sea puesta esta noche a vuestra disposición la góndola roja.

* * *

Galeazzo Muzio miró fijamente a Tazio Azeglio.

—Eres el segundón, Tazio, y puedes ser el primero. Tengo sospechas de que Loredan Corvineli siente veleidades de infidelidad. Que tus dos mejores espías le vigilen, y diariamente, cada tres

horas, me entregarás personalmente el informe de sus pasos. Si logras descubrir algo poco limpio contra Loredan… ¡tú serás el jefe efectivo de los agentes! Y ya sabes, son cien ducados al mes más mil prebendas particulares no inscritas. En dos años, hombre rico. Desde este memento eres es mi hombre de confianza Tazio.

—Y procuraré, excelencia, demostraros que elegisteis adecuadamente. Contad conmigo.

* * *

"Il Facchino" era la taberna donde reuníanse los más dispares personajes de Venecia. Su propietario, antiguo bravi, conocía tal vez más secretos que el propio Gino Mancini.

Despertábase tarde, y cuando a las dos de la tarde, le anunció temerosamente una criada que "un caballero deseaba verle", Facchino replicó con sordas palabrotas que demostraban un gran dominio del arte de ser original insultando.

—Es el conde… Muzio, patrón —dijo ella.

Facchino estaba ya en pie, y no tardó ni tres minutos en acabar de vestirse.

Con grandes zalemas salió al encuentro del que, paseaba indolentemente, apoyado en bastón, por la gran sala, donde mesas sosteniendo sillas, demostraban que a aquellas horas, "Il Facchino" no era local de diversión, sino de reposo.

—Vuestro servidor, señor conde.

—Vamos a verlo —sonrió Muzio, campechano—. Otras veces, a tu pocilga he venido y me he divertido,

—Precisamente echaba de menos al señor conde.

—Aquí estoy. Me han dicho que existen ciertas bellezas llamadas Las Damas de la Noche y quisiera conocerlas.

—No frecuentan mi casa, señor conde —contestó, dignamente, Facchino.

—¿Sabes quiénes son?

—Todavía no. Pero esta noche, las Damas del ítem serán para mí tan conocidas como mi abuela, la pobre, que feneció de un empacho de aguardiente de guindas. Fue la cáscara de las guindas la que le produje la muerte.

Rio Galeazzo Muzio. Tenía fama de siniestramente jocoso el propietario de "Il Facchino".

—Vendré hacia la medianoche. Resérvame como siempre tu

mejor balconeta.

—¿Solo, señor conde?

—Solo. Adiós, Facchino.

—Siempre a vuestros pies, señor conde,

Y cuando ya estuvo lejos Galeazzo Muzio, murmuró Facchino:

—¿Es que me tomas por un pollino, Galeazzo? Con todos los agentes que tienes al alcance del meñique… vienes a mí. Tendré que averiguar quiénes son esas Damas. Huelo buen asunto. ¿Te haces el perrazo bueno, Galeazzo? Mucho deben valer tales Damas, y no precisamente para lo que pretendes hacerme creer. ¡Vizconde!

Un criado que tras el mostrador fregaba sin gran entusiasmo unos jarros, acudió presuroso.

Miró con sus ojos bizcos al dueño.

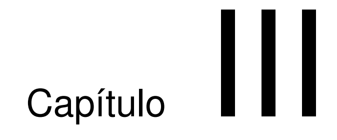
—Esta noche a cada niña que entre, las preguntas quiénes son las Damas de la Noche. Cuando lo sepas, se lo dices a papaíto. —Y tocóse el pecho el rufián.

—¿Y si no me entero, patrón?

—Si no te enteras… al amanecer, del puntapié que te daré, te tendrán que dar friegas con cepillo durante una semana. ¡Necesito saber quién o quiénes son las Damas de la Noche! ¿Está claro?

—Como el agua, patrón.

—No mientes la principal fuente de mis ganancias, vizconde. Tienes mi real permiso para regresar a las labores propias de tu rango. Y ya estás advertido. ¡Quiero saber quiénes son las Damas de la Noche!



LAS DAMAS DE LA NOCHE

OLIMPIA STENO desayunaba. Eran las doce y media. Su doncella de confianza. Guillermina, aguardaba para recoger la mesita camera.

—Un día hermoso, Guillermina —sonrió Olimpia—. Cuéntame las novedades. No de la ciudad, sino de mi casa.

—La señorita y sus dos acompañantes duermen aun. El caballero francés pasea delante de vuestras habitaciones.

—¿Y el trovador español?

—Está en la sala de música. ¡Oh, señora! Su voz estremece con dulce deseo de siempre oírle cantar.

Recogió la doncella la mesita. Apartó Olimpia el embozo del lecho y bajo la camisa se perfiló la estatua viva de su venusina armonía, mientras desesperanzándose, se acercaba a la coqueta donde tres espejos le devolvían su gentil persona.

Multitud de tarros contenían los últimos productos que Francia elaboraba para la eterna Eva que avalando sus atractivos, convertía en obra de arte de tocador, la obra de la naturaleza.

Los pinceles de cejas, pestañas y párpados, empezaron a dibujar sabiamente negruras azuladas.

Y mientras procedía a la delicada operación de embellecerse, Olimpia Steno, como solía, conversaba con su confidente:

—Supongo que ya no te producirá miedo el caballero Revers d’Estoc, Guillermina.

—Es guapo, pero… siniestro, señora. Parece como si mil tormentos le hostigaran. Prefiero el risueño trovador, que sin ser por ello menos viril, sonríe pícaramente.

—Me distrae tu charla, Guillermina. ¿Cuánto tiempo llevas a mi servicio?

—Dos años, señora.

—He sido poco generosa contigo.

—¡No digáis eso, señora! Sois para mí espléndida. No hace aún tres días me regalasteis un brazalete de oro y esmeraldas.

—Tú eres la única persona a mi servicio hasta hoy, Guillermina, que no se ha dejado sobornar por Gino Mancini.

Perfilaba en aquel instante Olimpia Steno el extremo de una de sus cejas.

Tras ella, pero fuera de la visibilidad de los espejos, Guillermina palideció levemente, aunque con voz firme, replicó:

—Todo el oro del mundo y todos los halagos del conde, nunca lograrían que yo os traicionara.

—Lo sé, lo sé, querida. ¿Quieres traerme el cofre de joyas? El de los collares.

Obedeció prontamente ella, depositando sobre la mesa-tocador, una arqueta primorosamente tallada por genial orfebre.

Hundió en ella la diestra Olimpia Steno. Fue haciendo resbalar por entre sus dedos en alto, las piedras preciosas de varios collares, que iba dejando caer.

Por fin, en su diestra sólo quedó un largo collar hecho de piedras negras, entre las que brillaban destellos verdes.

—¿Te gusta, Guillermina?

—¡Es… es sublime, señora! —pareció rezar la criada, con las manos juntas y los ojos codiciosos.

—Tuyo es. Me he cansado de llevarlo

—¡Señora! —gimió, gozosa, ella—. Yo…

—No hables. Póntelo. El hilo que enhebra las gemas es de plata, por lo cual no hay peligro que se rompa, y se te pierdan las piedras. ¡Torpe! —rio, levantándose—. No sabes cerrarte el broche. Ven acá, y por una vez, yo seré la que te ayude.

—¡Oh, no, señora! —murmuró, confusa, la doncella.

Pasó tras ella Olimpia, asiendo los bordes del complicado cierre. Los tres espejos devolvían añora las dos figuras.

Guillermina sólo tenía ojos para contemplar el rutilante collar que en tres vueltas formaba rico dogal alrededor de su garganta.

No vio la torva sonrisa con que Olimpia Steno la contemplaba en los espejos.

Creyó que era a causa de los tanteos para ajustar el cierre por lo que el triple dogal la apretaba cada vez más, pero no osó protestar.

Y, súbitamente, el aire le faltó. La triple hilera de piedras unidas entre sí por recio hilo de plata, hincábase en su carne.

Manoteó, pero mucho más fuerte, Olimpia Steno la mantenía desde atrás, y por el espejo, adivinó Guillermina lo que estaba sucediendo.

Llevóse las dos manos a la garganta, en inútil intento de evitar ser estrangulada.

Y en sus tímpanos que la proximidad de la muerte por asfixia iba llenando de zumbidos, oyó la sibilante voz de la que tras ella, explicaba rencorosa:

—Víbora traidorzuela, que muerde el seno que la cobija. Esta madrugada, como siempre, abrí mi caja secreta, y encontré la comunicación del misterioso informante, que me daba pruebas de que estabas vendida al conde Mancini, y por esto supo Muzio que yo estaba en Sansovino y Rugieri, y ayer supieron que pasearía en mi góndola. No te bastaba mi generosidad, y quisiste más oro. La ambición rompe el saco, Guillermina.

Flácida, había ya la doncella dejado de debatirse. Olimpia Steno la empujó desdeñosa.

El cuerpo de la estrangulada cayó de bruces.

En aquella época y dado el credo de las patricias, lo que acababa de ocurrir no era más que un acto justiciero.

Olimpia Steno siguió arreglándose, y poco después, salía a la galería. Estaba hermosa, sonriente y gentilmente coqueta, cuando dedicó una burlona reverencia a Revers d’Estoc, que viéndola, se puso en pie, abandonando el escabel en el que sentábase.

—Dormís poco, Revers.

—Me bastan cinco horas.

—¿Teméis a los sueños?

Encogióse de hombros el francés, con su gesto peculiar.

—¿Y el trovador?

—Está en buena compañía. En la sala de música con vuestros tres protegidos.

* * *

En la sala de música, Cayo y Policarpo agotaban las fórmulas de gratitud. Hermosilla sonreía, quieto el ánimo.

—Aquí estaréis seguros basta que madona Olimpia consiga, y no tardará, aplastar a los dos florentinos —aseguró Luys Gallardo.

—¿Quién… es el caballero que os acompañaba señor Luys? —inquirió, ruborizándose, Hermosilla

A la vez, los tres españoles se miraron riendo

—Más vale así —dijo, sentenciosamente, Cayo.

—Eso digo yo—aprobó Policarpo.

Desde hacía unos días estaban generalmente de acuerdo, olvidando, dados los incidentes, su mutua costumbre de disentir.

—Fausto Mancini no era bueno para ti, Hermosilla.

—Ella… soñaba con el hijo del conde Mancini —aclaró Cayo.

—El caballero francés llámase Revers d'Estoc; anda muy interesado en dar con el paradero del capitán Legars.

—Que ha… muerto para nosotros —decretó Cayo

No podían olvidar la extraña cobardía del que les abandonó en momentos difíciles.

En el umbral distante, apareció Revers d'Estoc Hermosilla hizo una reverencia… y el francés correspondió con saludo cortés.

—Sois invitado, señor Gallardo, a asistir conmigo a comida en la que tomarán parte las Damas de la Noche.

—Excusadme, amigos —dijo el trovador, que iba a reunirse con el hijo de Legars.

Fuera de la sala, el francés añadió:

—Al parecer, deben ellas reunirse dentro de unos instantes. Prefiero adveniros que mi único interés es encontrarme frente a frente con Juliot Legars.

—Y el mío, dejar a salvo a la española doncella.

—Es gentil damita. Desearía mejor comer en compañía de vuestros tres amigos… pero por ahora manda Olimpia Steno.

—En mí, aun no. Pero para la tranquilidad de Hermosilla, me alío a las Damas de la Noche, en su propósito de terminar con Mancini. ¿Por qué nos detenemos aquí?

—Olimpia desea, sin duda, conversar unos instantes a solas con sus compañeras de… lo que sea. Mientras aguardamos, ¿tenéis inconveniente en aceptar mis plácemes por la viril calidad de vuestras canciones, señor español?

—Suena casi cordial vuestra voz, señor francés.

—Sois de buen temple, como los aceros de Toledo. Y tal vez influya en mi cordialidad la cercanía del logro de mi obsesión… Cuando haya matado a Juliot Legars, creo que nacerá en mí otro hombre.

—Si es para mejorar, hago votos para que se cumpla vuestro deseo.

—Conocí en Sansovino a un gascón, hábil espadachín, con el que también me sentí simpatizando.

—A él espero. Es Bruyant Lartiguers, mi mejor amigo. Tiene que venir a Venecia, con cuatro compañeros más, uno de ellos mi escudero.

—Ah… Cuando le vi por última vez, anoche, hacia Venecia se dirigía, acompañando carreta de comediantes.

—No digáis más… ¿Había hermosas entre los comediantes?

—Dos.

—Comprendo ahora la tardanza del gascón. Y deseoso estoy de verle, porque si los medios de Olimpia son demasiado lentos y sinuosos, emplearé otros más directos y personales, con la ayuda de ellos cinco.

—Contad conmigo, señor. También prefiero los medios directos.

* * *

Olimpia Steno besó en ambas mejillas a Giana Luchesi y Loretta Grimani, cuando juntas penetraron ellas en la lujosa salita, sede de reunión de las tres Damas de la Noche.

Giana Luchesi, hija de uno de los Diez Consejeros, había sido descrita por un poeta “acero candente y flexible, arpa sensible”…

Loretta Grimani, nieta del principal y más antiguo consejero, había agotado todos los elogios, y sus grandes ojos parecían siempre dispuestos a curiosear, mientras sus mórbidos labios tenían permanentemente un mohín de niña golosa.

Sabiéndose al abrigo de toda inculpación de conspiración, habían acogido con gran alegría la propuesta de la hermana del Dux, convirtiéndose en Damas de la Noche.

Cuantos informes obtenían de labios de sus eventuales galanes, elegidos siempre y últimamente entre forasteros, los trasladaban a Olimpia Steno, creyendo de buena fe que ella sólo los emplearía en contra de Mancini y Muzio, aun cuando muchas veces no comprendían qué relación podía tener con los florentinos lo que sucediera en Inglaterra o el Imperio de la Media Luna.

Introducíanse en el palacete personal de Olimpia, por entrada posterior de la cual sólo ellas tenían la llave.

Tras explicar ellas dos lo que la noche anterior habían averiguado, y de lo cual iba Olimpia tomando notas, reiteró Giana Luchesi su acostumbrada extrañeza:

—Pero ¿de qué te servirán las noticias que puedan darnos oficiales de naves inglesas?

—Todo me sirve, amigas mías. Aunque sólo sea para demostrar que obtengo informes que el propio Mancini ignora. Éste empieza a intranquilizarse.

Contó la agresión a su góndola y la muerte de Guillermina. Y los elogios que del español y de Revers hizo, aumentaron la natural curiosidad de las dos patricias.

—… y creo, amigas mías, que vamos llegando al final, porque mi informador secreto, que tiene que ser forzosamente un hombre muy allegado a los espías de Mancini, me anuncia en la carta que esta mañana estaba en mi Boca de León, que ha reunido ya importantes datos.

—Hay un medio, Olimpia, en el que no has pensado —indicó Giana Luchesi, que, como toda veneciana, adoraba el placer y la intriga.

—Es posible —replicó, con amable desdén, la hermana del Dux, que no tenía en gran concepto la inteligencia de las que consideraba tan sólo bellezas con poco seso,

—Fausto Mancini.

—¿Y qué, con el joven lánguido?

—Ahora que cuentas con dos escoltas de excepcional bravura, podrías hacer que liberasen a Fausto del encierro a que lo tiene sometido su padre. Después… ingenia el medio de que se vea con Rosalba… Y si el Dux lo averigua, caerá en desgracia Gino Mancini, por no saber evitar que su hijo corteje a la prometida del Dux.

—No está mal —aprobó Loretta Grimani, mordiendo

golosamente los granos de un dorado racimo de uvas.

—Apenas desapareciese Fausto, lo sabría Mancini, y entonces pondría una nube de centinelas ante las habitaciones de Rosalba. Ya pensé en ello, pero lo descarté.

—Hay también otro medio… —insinuó Loretta Grimani.

—¡Vaya!… Hoy, por lo visto, estáis pletóricas de imaginación —rio Olimpia Steno.

—Galeazzo Muzio.

—¡Horrible sujeto, detestable rufián cuyo aplomo, me horripila!

—Te adora… Hazle creer que conseguiría tu buena voluntad y vida salva si…

—¿Si denuncia y es testigo contra Gino Mancini? No es tan cándido, ni es pajarillo de primer vuelo. Podría tal vez obtener su importante testimonio si le demostrara que poseo pruebas fehacientes, que por ahora no tengo.

Dos golpes secos resonaron en la puerta de la salita. Acudió Olimpia a abrir.

Revers d’Estoc anunció:

—Un individuo espera en el vestíbulo inferior. Dice que le esperabais con impaciencia y que se llama Loredan Corvineli.

Capítulo IV

PREPARANDO EL GOLPE DE GRACIA

MIENTRAS descendía las escaleras, Olimpia Steno trataba de adivinar a qué obedecía la visita del jefe efectivo de los espías de Mancini.

¿Sabría que Hermosilla estaba en su casa?… Consideraba al jefe de los espías una inteligencia no perjudicial para ella.

Acogió su saludo con amable sonrisa.

—Bienvenido, Loredan. ¿He incurrido en las iras del omnipotente conde Mancini?

—Es personalísima mi visita. No desconfiéis de mí. Soy el que os envía información desde hace ocho días.

—Ignoro a qué aludís. Pero hacedme la merced, Loredan. Estaremos más tranquilos en esta sala.

—Si tiene balcón por el que se pueda mirar sin ser visto, lo preferiría.

—Lo tiene, y no me causáis asombro. Es natural que, acostumbrado a disipar tinieblas, os guste rodearos de misterios.

—A disipar misterios vengo, Alteza. ¿Tenéis la bondad de acercaros, procurando no ser vista?

Cubríase el cuerpo con un cortinaje colgante a un lado del balcón. Señaló en la amplia terraza que bordeaba el canal a dos individuos, uno de ellos con bandeja de buhonero ambulante y el

otro vestido como un pacífico letrado.

—Buhonero y letrado son espías que el conde Muzio ha puesto como sombras de mis pasos. Lo sé porque cuanto se habla en el gabinete del conde Mancini lo averiguo por un dispositivo que yo mismo fabriqué, y que amplía cuanto allí se habla.

—Empezáis a intrigarme, Loredan…

—Podéis ironizar, Alteza. Estáis en vuestro legítimo derecho de suponer que vengo enviado por el conde Mancini, y fingiendo os quiero ayudar. A propósito: los mensajes que os he enviado van firmados con la palabra “Némesis”.

—Hermosa palabra. Diosa de la venganza. Pero insisto en que os equivocáis. Mi Boca de León sólo recibe inflamadas declaraciones absurdas de supuesto amor.

—Hermosilla, los dos españoles, Revers d’Estoc y Luys Gallardo, han encontrado un refugio inviolable entre vuestros muros. No temáis… Sólo yo lo sé.

—Y aunque más lo supieran. ¿Qué delito, han cometido ellos?

—Sois veneciana, Alteza. No sería difícil demostrar al conde Mancini que todos ellos son conspiradores. La Señoría teme, porque es rica y envidiada. Y no sigue el lema filosófico: “En la duda, abstente”… sino que prefiere dar muerte o enterrar vivos en los Fosos a los presuntos conspiradores. Yo os di las pruebas de que Guillermina os traicionaba, y vengo a concertar con vos un pacto.

—¿Tenemos algún interés mutuo, Loredan?

—Sí. Vos detestáis al conde Mancini y a Muzio, ¡Yo, los odio!

—¿Vos? ¿El hombre de la máxima confianza de Mancini?

—Soy también el hermano de Leonora Cipriani, la primera esposa de Mancini, envenenada por Muzio, atendiendo órdenes de Mancini. El hecho de que mi hermana se hallase en vida le impedía casarse con Lucrezia Bentivoglio, y, por tanto, carecer de la influencia con que pudo encumbrarse en Venecia gracias a la esposa del Dux Guidalfonso. Mi verdadero nombre es Lorenzo Cipriani, y soy milanés. Creo, Alteza, que voy derecho a lo que interesa. No le querido aludir a la paciencia infinita desplegada día tras día, noche tras noche, espiando a Gino Mancini hasta… sorprender la primera prueba de que estaba en lo cierto al suponer que mi pobre Leonora no podía haberse envenenado precisamente cuando… había obtenido el perdón de nuestro padre.

Olimpia Steno escanció dos vasos de vino, tendiendo uno al milanés, en cuyo sombrío rostro decidido fulgían como carbúnculos los ojos.

—Muzio sospecha de mí. Esta es la razón por la que sus dos espías me han seguido. Recomendó muy especialmente a Tazio Azeglio, prometiéndole que me substituiría, que descubriera cualquier indicio sospechoso. Mi visita aquí ya es un indicio… que podéis borrar,

—De acuerdo.

—Revers d'Estoc puede consultar al presunto letrado. Y el caballero español puede llamar al buhonero. Ambos, encerrados en la más segura de vuestras "cisternas", no hablarán… Liberadlos cuando va Mancini y Muzio hayan recibido el golpe de gracia.

—Así se hará, pero antes… decidme, Loredan o Lorenzo…

—Todavía Loredan. Alteza.

—Decidme. Loredan… ¿Por qué me reveláis todo esto a mí, si, solo, podíais hundir a los dos asesinos?

—Puedo desaparecer a la primera sospecha. Y hasta ahora sólo he oído, pero no puedo presentar pruebas. ¡Vos podéis obtenerlas!

—¿Cómo? —inquirió ella, ávidamente.

—Al parecer, Gino Mancini tuvo que firmar hace veinte años un documento en el que reconocía haber enviado a Livorno a Galeazzo Muzio para que cumpliera sus órdenes. Era una garantía entre cómplices. Galeazzo no quiere deshacerse de este documento. Sería su sentencia de muerte. Ayer me permití una falsedad. Dije que en mi Boca de León había sido echado un mensaje firmado por las Damas de la Noche…

—Ah… ¿Sabéis quién o quiénes son?

—¿Y vos, Alteza? Pero esto no interesa a mis fines. El mensaje en cuestión aseguraba que se iban reuniendo pruebas demostrando que Muzio era un asesino material, inducido moralmente por otro florentino. Y los primeros sudores de angustia han moteado la insensible piel de ambos. Aunque Muzio pretende que sin pruebas esto son calumnias de las misteriosas Damas de la Noche. Lo cual ha hecho que tomen repentino interés en averiguar quiénes son ellas.

—Manejáis bien los hilos de la intriga, Loredan. ¿Con qué propósito hicisteis entrega de un mensaje que no escribieron las Damas de la Noche?

—Lo comentan entre sí. Oigo. Reúno datos. Necesitamos el documento escrito por Mancini. Y sólo vos podéis obtenerlo.

—¿Cómo?

—A la media noche irá Muzio a la taberna “Il Facchino”. Quiere averiguar quiénes son las Damas. Facchino me debe favores, y me lo ha hecho saber. Con el antifaz id al encuentro de Galeazzo Muzio.

—Peligroso juego. Él puede… desearme, pero aprecia más su vida. ¿Qué haría yo allá en “Il Facchino”?

—Convencerle de que deseáis sostener una privada conversación con él. Sugerís vuestra góndola. No aceptará. Proponed la góndola roja del conde Mancini.

—Sí… que no —rio ella—. Mi odio es menor, y aprecio mi vida. No entraría en la góndola roja nada más que amarrada.

—Esta noche, la góndola roja está a mi disposición por orden del conde Mancini, a quien he asegurado que encontraré las Damas, y esta misma noche.

—Seis espadachines y dos verdugos son demasiada compañía y demasiados enemigos para vos solo,

—Luys Gallardo es un temerario español. Revers d’Estoc, un ciclón agresivo. Podríamos, si los convencéis, planear la definitiva estratagema que acabaría con Mancini. A la media hora justa, después de la media noche, la góndola roja, por mí dirigida, pasará lentamente por este canal, y en el trecho comprendido entre la estatua de Juno y la de Minerva, reina bastante penumbra para que varios hombres decididos puedan asaltar la góndola y suplantar a los enmascarados y verdugos. ¿Vais comprendiendo? Ya en la góndola roja, y en el terreno de las confidencias, Galeazzo Muzio, sabedor de que sois Dama de la Noche, hablará… Tratará tal vez de estrangularos o envenenaros… Pero antes sabréis, porque le acusaréis… Y vuestros escoltas pueden encontrar varios ayudantes… Si aceptáis, no será preciso hacer desaparecer a los espías de Muzio. Al contrario, que informen que os visité. Ya habré hablado con Mancini, diciéndole que os visité y he averiguado que sois Dama de la Noche, y que sospecho que dais albergue a Hermosilla. ¿Comprendéis?

—Una urdimbre magnífica, Loredan. ¿Y si fracasaran en el asalto a la góndola roja?

—Lo sabríais, porque apareceré por “Il Facchino” y al verme

sabréis que no debéis entrar en la góndola. Recapacitad, Alteza… Estoy en vuestras manos. ¿Por qué? Porque sólo vos podéis obtener el documento que posee Galeazzo Muzio.

—Triunfaremos, messer Cipriani.

—Confío, Alteza, que Hermosilla no corre ningún peligro.

—Está aquí, como dijisteis, en el sitio más seguro. ¿Por qué os interesa su seguridad?

—Porque… sería horrendo que Gino Mancini se apoderara de ella.

—No hay peligro. Y ahora, decidme: ¿conocéis acaso a un corsario llamado Juliot Legars? Al parecer, se entrevistó con los españoles que adoptaron a Hermosilla.

La activa mente de Lorenzo Cipriani identificó en el acto al acobardado hércules que estaba encerrado en una de sus celdas.

Era un testigo importante…

—No lo conozco. Pero puedo hacer averiguaciones.

—He prometido a Revers d'Estoc, por su ayuda, que podría enfrentarse con él.

—Trataré de averiguar su paradero, si está en Venecia.

—Está.

—Entonces, lo encontraré. ¿Quedamos de acuerdo, Alteza?

—En todo. Sé que a Luys Gallardo le encantará mi plan, ya que no os citaré. Iré a "Il Facchino" a las doce y media de la noche.

—Puesto que ya somos aliados y confío me honraréis con vuestra amistad, ¿puedo saber por qué empleáis a dos, y perdonad el calificativo… a dos bellas locas con seso de mosquito para sonsacar a caballeros, de preferencia ingleses?

—Nada se os escapa —rio ella—. Quiero, y cuento con vos, suplantar a Gino Mancini. Debe ser una veneciana la que por derecho propio, y demostrándolo, obtenga de La Señoría el interesante cargo de dueña de los Ocultos poderes. La intriga tiene nombre femenino… y, con vuestra ayuda, substituiremos y superaremos a Mancini y Muzio.

—Ahora comprendo… Por un instante temí, sin comprenderlo, que conspirabais… como quiere demostrar Mancini.

—Ante La Señoría, si el caso llegara, apabullaré al que ose afirmar que yo, la hermana del Dux reinante, sea tan torpe como para no emplear todas sus armas al servicio y no contra mi amada

patria.

Levantóse Lorenzo Cipriani. Colocó sobre la mesa un voluminoso sobre lacrado.

—Si me sucediera algún contratiempo, Alteza, aquí tenéis toda la historia de Leonora Cipriani y Gino Mancini.

—Buena suerte, messer Lorenzo —y, generosa, le dio un rápido beso—. Os admiro porque sois un talento, Y cuidaos… Os necesitaré como lugarteniente cuando La Señoría me acepte como única y suprema Dama de la Noche de los agentes de las tinieblas…

* * *

Gino Mancini, informado ya por Galeazzo Muzio del que Loredan Corvineli había permanecido media hora en el palacete de Olimpia Steno, “ignorando” que le seguían, fruncía el entrecejo, meditando.

—Es extraño… —murmuró. Agitando la campanilla, añadió—: Ahora comprobaremos si juega doble juego Loredan. ¡Messer Corvineli! —ordenó al bravi que aguardaba en el umbral, y desapareció prestamente.

El saludo del milanés fue un compendio de servilismo, y las sonrisas de Mancini y Muzio un prodigio de amistosa amabilidad.



Una daga silbó, incrustándose…

—Se me había olvidado deciros, mi querido Loredan, que, preparando una redada de extranjeros, he decidido que en los Fosos los carceleros agrupen por nacionalidades a los súbditos de los diversas países que nos honran con sus visitas. Emplearemos las cisternas de tres. Bien, ¿y qué nuevas tenéis? ¿Está ya en una cisterna el español Gallardo? ¿Ocupa otra el francés Revers?

—Creo, Excelencia, que esta noche estaré en condiciones de anunciaros el final de mis pesquisas. Me he permitido esta mañana efectuar una visita, con un doble propósito.

—El doble propósito es una característica veneciana, Loredan. ¿Y a quién visitasteis?

—A madona Olimpia Steno.

—¡Diantres! Terreno resbaladizo…

—Procuré no resbalar, Excelencia. Fue un duelo verbal de insinuaciones. Y he adquirido la certidumbre… pero sin pruebas… de que madona Olimpia es la principal Dama de la Noche.

—¡Obtened pruebas! —exclamó, satisfecho, Mancini.

—A obtenerlas dedico mis esfuerzos y afanes, Excelencia. Para serviros cumplidamente.

—Muy bien, Loredan. Pasad por tesorería y que os entreguen cien ducados. Tomad esta carta de pago. Vuestros servicios fieles tienen siempre su recompensa. Pasaré la noche en vela, esperando vuestro triunfo, messer Corvineli.

Cuando hubo salido el milanés, Mancini sonrió.

—No hay que ser excesivamente suspicaces, Galeazzo, que es virtud, pero también vicio.

—Reconozco que esta vez me he equivocado. Tengo una buena noticia para ti, Gino.

—Falta me hace, porque desde la aparición del español Gallardo, que considero ave de mal agüero para mí, todo han sido fracasos. ¿Se refiere a Hermosilla?

—¿Sigues pensando en la paloma?

—Más que nunca. No cejaré hasta lograr… que sea mía. Nunca en mi vida anhelé con tanta pasión alcanzar algo… ¿Cuál era tu buena noticia?

—Esto.

Colocó Muzio sobre la mesa un papel doblado en cuatro pliegues. Gino Mancini lo cogió con curiosidad.

Ávidamente lo leyó, reconociendo su propia letra. Era el documento que veinte años antes escribiera:

“Yo, Gino Mancini, reconozco que hoy, diez de noviembre del año mil cuatrocientos ochenta y siete, he enviado a Galeazzo Muzio a I.ivorno, para que cumpla mis instrucciones.

“Gino Mancini”

Con rapidez lo aproximó a la llama de una de las perfumadas bujías que en candelabros ornaban su gran mesa.

Rio con risa de alivio, inconteniblemente. Su rostro expresaba una gran alegría…

—Gracias, mi buen Galeazzo, gracias… ¿Ves?… Ahora estamos seguros, y ya no hay el menor peligro. Hace veinte años, Galeazzo, que no he estado tan contento. Este gesto tuyo, es generoso, leal y

viril…

Al citar tres cualidades, que no poseía Galeazzo Muzio, desapareció repentinamente toda alegría del semblante de Mancini.

Entre sus dedos el papel iba chamuscándose. Sopló, y contra bandeja de plata aplastó el resto libre del amarilleo de la llama.

Lo examinó detenidamente, dándole vueltas y acercando un cristal de aumento a las letras…

Rio ahora, pero agriamente.

—Eres incorregible, Galeazzo. Aunque te agradezco la intención de tranquilizarme.

—¿Qué te sucede, hijo?

—Debí recordar enseguida tus dotes de falsificador. Pero creí que por una vez confiarías en mí. ¡Esto es una copia!

—Me ofendes, hijo…

—¿Porque he descubierto la copia?

—Naturalmente. ¿Será que pierdo facultades?… Lo hice para tranquilizarte. He empleado, pues, dos horas en balde. ¡Todo sea por la amistad y confianza que nos une!

—Galeazzo… —reprochó Mancini—, tengo malos presentimientos… Me temo que tu negativa a borrar la última huella del fantasma del pasado, lo resucite.

—No temas, Gino. Cuando las Damas de la Noche sufran un accidente… Por ejemplo, que su góndola zozobre en mar abierto, con la ayuda de tres galanes extranjeros que buscaré… ya sólo quedará un importuno testigo que leyó el mensaje de las Damas.

—¿Loredan Corvineli?

—El mismo…

—Cierto, cierto… —y Gino Mancini acarició el lomo de un blanco gato de Angora que acababa de saltar sobre sus rodillas. Cuatro o cinco de estos felinos rondaban siempre sus habitaciones.

Dijo, al cabo de unos instantes:

—De acuerdo, Galeazzo. Cuando las Damas de la Noche hayan pasado a ser sombras eternas… con gran pesar, pero considerándolo inevitable, morirá Loredan Corvineli… El pobre debe descansar… Trabaja demasiado.

Y ambos rieron, con la misma expresión que había en sus rostros cuando, veinte años antes, decidieron la muerte de Leonora Cipriani.

TERCERA PARTE

LA CARÁTULA DE LA FARSA

Capítulo I

MONTANDO EL TINGLADO

LA carreta de bueyes estaba detenida en un prado que distaba dos leguas de la gran Puerta de San Marcos, entrada meridional a la ciudad de las lagunas.

Los bueyes pacían con melancólica resignación natural. Atados a los palos de la carreta, cinco caballos tomaban parte también en el festín pródigo y gratuito.

Bajo las sombras de un círculo de árboles, una pequeña tropa acomodábase. Eran las cuatro de la tarde…

Cinco hombres dormían. Eran el Doctor, Polichinela, Arlequín y Scaramuccia, los cuatro comediantes, y Bembo, el escudero de Luys Gallardo.

Otros tres jugaban al naipe. Eran "Frambuesa", "Respingón" y "Vinagre", los tres bandoleros gascones.

Y más allá, tras el amparo de un seto, Bruyant Lartiguers, el cabecilla de los bandoleros, comía con buen apetito, servido por Colombina y Rosaura, que rivalizaban en atenderle.

Sobre su hombro, "Coclicó", el loro, entre mordisco y mordisco que su amo le ofrecía de tomates y manzanas replicaba con tino a las palabras-clave de su dueño.

Y sus réplicas hacían retorcerse literalmente de regocijo a las dos intérpretes del incipiente arte teatral, que, teniendo su cuna en las

pantomimas griegas, iba siendo popularizado por ambulantes artistas, que tenían que luchar contra escaseces y la incomprensión de los espectadores.

—Recuerdo que una vez mi abuela… —inició Bruyant.

—¡Mi abuela! ¡Qué suculenta natilla! —graznó el loro.

Entre borbotones de risas, comentó Colombina:

—Parece un viejo borracho… Será un éxito, Bruyant.

—Lo soy por donde asomo —aseguró, modestamente, el gascón —. Deja ya de mirar tu broche, Rosaura.

—Es que… me lo regaló Revers, y se fue, Creí que era broma…

—No cree que Revers sea amante de bromas. Le vi pelear, y daba escalofríos. Veamos, veamos, mi linda Rosaura: no seré más guapo que Revers, pero tanto como él, sí; ¿es cierto, Colombina?

—Para mí… eres la quintaesencia de la varonil zalamería.

—Eso de “quintaesencia” supongo que será cumplido.

—Lo dice mucho el Doctor, cuando quiere significar algo sublime, sin igual.

Rosaura intervino, con asomo de celos:

—Tú debes cuidarte de Arlequín, porque Bruyant es mi Leandro. Ahí viene nuestro pastor.

El que, como todos los demás, no usaba sus nombres, sino el del personaje que en las tablas representaba, se aproximaba.

Era un hombre maduro, magro, con expresión famélica, cabalgando en sus narices anchas antiparras, instrumento óptico poco conocido por entonces…

Como lo había definido Bruyant, parecía “un búho sabio”. Tenía la sabiduría tolerante de cuarenta años de vagabundeo…

—Hola, bola, hola… —saludó, bostezando—. Reina la armonía en mi grey femenina, y os lo agradezco, Aventurero. ¡El carro de Talía, sobre sus ruedas de oro y tirado por los blancos corceles de la ilusión, está acercándose a Venecia!

—Todavía no ha empezado la farsa, Doctor —rio Bruyant—. Es una carreta, y los corceles son bueyes…

—¿Qué es sino farsa la vida, Aventurero? Pero dejaré la fácil filosofía para otra ocasión. Un mercader me informó de que en Venecia el lugar más frecuentado es una taberna llamada “Il Facchino”. Si pudiera yo conseguir montar allá mi tinglado…

—Dejádmelo a mi cargo, Doctor. Como a la vez tengo que

encontrarme con un caballero que es mi único mandamás y al cual mucho respeto y quiero, mataré dos pájaros de un mismo chinazo.

—Os quisiera hacer patente un inconveniente. Los taberneros no suelen acoger con agrado a la ínclita y sufrida aristocracia del arte caminante. Encontraréis posiblemente reticencia y reparos en el dueño de la taberna “Il Facchino”…

—No os preocupéis, Doctor. Poned en marcha la carreta y detener los bueyes en plena Plaza de San Marcos. Allí nos encontraremos.

—Doctor… —susurró Colombina.

—¿Qué quiere la más pizpireta de las musas?

—Yo podría acompañar al caballero Bruyant…

—¡Y yo también! —exclamó Rosaura.

El Doctor agitó un índice con ademán perentorio de dómine que alecciona a párvulos rebeldes.

—Fingid en el tinglado deshonestidad, si la farsa lo requiere, pero proceder deshonesto sería apelar a vuestras dotes físicas, ya que esto al alcance está de cualquier vulgar patricia encumbrada. ¡Sois Evas del arte, no coquetas empedernidas! He dicho, y salvo el mejor parecer de nuestro Mecenas, no añado ni quito coma.

—Punto final. Rubrico —rio Bruyant—. Tiene toda la razón el Doctor, a quien la sesuda mollera, rebosa por las antiparras. Decía mi abuelo que las mujeres en casa, y los hombres por ahí… Y en el “por ahí” cabía todo cuanto menester de hombre es.

—Punto final y rubrico —aplaudió el Doctor—. ¡Caballero Bruyant! ¡Vos, si lo queréis, seréis el funámbulo del siglo! ¡El artista que el Universo reclama! ¿Sabéis por qué? Sois naturalmente llano, y la desfachatez que os caracteriza es de buena ley. En el tinglado, con vuestra parla espontánea, el vulgo porque pertenecéis a él, y los encumbrados porque secretamente adoran la vulgaridad si no es grosera, os aclamarán. Tenéis le que el divino Dante llamaba “ángel”. Partid ligero en vuestro corcel, y en la Plaza de San Marcos vuestra llegada providencial aguardan los artífices viajeros del carro de Talía.

—Bravo, bravo… —aplaudieron las dos.

Saludó como en el tinglado, el Doctor. Bruyant se alejó para unirse a los que jugaban el naipe, prodigando la trampa…

—¡“Vinagre”! Conmigo, y vosotros dos, compinches, a escoltar

la carreta. Una ligera indicación: esta gente son unos benditos, que así llamaba mi abuelo a los que, pudiendo malearse, se conservan decentes. Los considero mis amigos. Tratadlos con respeto, lo cual quiere decir que os comportéis al revés que de costumbre.

Bembo, anadeando, y con bostezos descomunales, ajustándose el cinto, vino a unirse al grupo.

—Suculento Bembo, encuadra la comitiva. Te adoran desde que has demostrado que eres el talento culinario personificado. Le diré a tu amo que estás ansioso de verlo. ¡Abur, compinches!

El apodado “Vinagre”, por el rictus amargado que de nacimiento quedó impreso en sus labios, montó orgullosamente y picó espuelas tras su jefe.

En la Puerta de San Marcos, seis soldados con librea del Dux cerraban el paso. Un oficial adelantóse hacia los dos jinetes detenidos.

—Castañeta —murmuró Bruyant—. Aún no he roto nada, y ya vienen a pedirme cuentas. ¡Salve, capitán!

—Tened la bondad de firmar el registro, señor — especificó el oficial, señalando una mesa tras la cual un escribano se rascaba con brío el cogote, empleando el largo mango de su pluma de ave.

—Vamos a ello —dijo, desmontando, el gascón—. Mi compañero no sabe escribir.

—Bastará que vos salgáis responsable por él, señor.

El escribano preguntó:

—¿Nombre, procedencia, finalidad del viaje, profesión, edad?

—Bruyant Lartiguers, gascón, comediante, treinta y dos abriles retozones y saludables.

El escribano garrapateó rápidamente.

—¿Motivo de pedir entrada en Venecia?

—Montar el tinglado de la comedia, donde pueda.

—Firmad, y por vuestro acompañante.

Trabajosamente dibujó arabescos el gascón. Preguntó:

—¿Hay inquietud en la ciudad?

—Desde hoy tengo orden de registrar la llegada de viajeros.

—Está visto que por doquier montan tinglados. ¿El loro firma también, o se le exime?

—Que Dios os conserve el buen humor, señor — saludó el oficial.

—Y que la paz reine entre cuantos buena voluntad tengan, como decía mi abuelo. ¡Abur!

Atravesada la puerta, yendo al paso, los dos jinetes, bota contra bota, comentó Bruyant:

—Tengo olfato, "Vinagre". Y llámame "pardillo" si me engaño, que el tiempo lo dirá. En Venecia vamos a armar la de órdago… Se mastica en la atmósfera…

—¡Muérdele la oreja, Bruyant, y mastícale el hígado! —cloqueó el loro.

—Veremos a ver si se dejan, que durillos me parecen los que mandan en esta húmeda comarca…

—¡Buen señor! —saludó, inclinándose sobre la montura y dirigiéndose a un paseante—. ¿Podéis decirme cuál es la "Hostería de San Marcos"?

—Frente mismo. Beppino es el dueño. Adiós.

—Qué prisas… Por lo visto, los viajeros y forasteros son seres sospechosos… ¿o es que tenemos cara de ladrones, "Vinagre"?

"Vinagre" dio una cabezada aprobando, convencido.

Beppino en persona acudió a la llegada de los dos forasteros.

—Hola, mesonero, ¿Se hospeda el caballero Luys Gallardo en…?

No terminó. Beppino, retorciendo su mandil entre las manos, miró en rededor, inquieto.

Detectaba a los espías de Mancini… Murmuró:

—El caballero que citáis… tiene la cabeza a precio. Parece ser que desafió al conde Mancini e hirió al conde Muzio… Tened cuidado, forastero. Si preguntáis en algún otro lugar por el caballero español… daréis con vuestros huesos en los Fosos.

—Amigo mesonero, eres un hombre decente. ¡Toma! —y arrojó Bruyant un ducado de oro.

Volvió grupas, seguido por "Vinagre".

—¿No te dije, compinche? Esto se anima. Nuestro jefe es un encanto. Ya ha organizado un tinglado particular. Y creo que el mejor medio de dar con él es acomodarnos en "Il Facchino". Pero tú te quedas por estos contornos. Nos dio cita aquí, y sabe que no faltaré. Le dirás que estamos en "Il Facchino" y a sus órdenes.

—Patrón…

—Desembucha.

—Si… quieres, mándame relevar por Bembo. Yo puedo ser más

útil allá contigo.

—Te enviaré a Bembo cuando llegue, compinche. Abur… Y oye: como eres un tipo rico, no te sientas tentado. ¡No hay vino, mujeres ni naipe, hasta que no te releve Bembo!

—¡Cabal! —y el gascón hizo lo que para él era equivalente a la palabra de honor. Unió en círculo el índice y el pulgar, avanzando bruscamente la diestra.

—¡Ajá! — tomó Bruyant el juramento, repitiendo el gesto. Y picando espuelas, poco después preguntaba el emplazamiento de "Il Facchino" a otro transeúnte. Éste también manifestó gran prisa en irse, ya que circulaba la orden, dada por el conde Mancini, de declarar la presencia de extranjeros en la Serenísima República Ducal.

Capítulo II

EL TINGLADO VA MONTÁNDOSE

GIORGIO FACCHINO, vistiendo ya con rebuscadas galas, presos los untuosos cabellos en redecilla dorada, iba inspeccionando los detalles de la gran sala.

Su clientela empezaba a acudir al caer el crepúsculo. Miro hacia la puerta.

Torciendo la boca, calificó prontamente al recién llegado.

“Un juglar titiritero, descarado.”

Pero era calmoso, y nunca se precipitaba en sus juicios. Examinó el loro con curiosidad. Era fauna poco corriente…

—¿El patrón? —preguntaba Bruyant.

El criado bizco, jayán de rompe y rasga, señaló con el pulgar por encima de su espalda. Miraba el loro, pero parecía contemplar el techo…

—Yo soy Facchino —declaró el antiguo bravi.

—Yo soy Bruyant. ¿Puedo invitar a un copazo?

—Frasco lacrado, y vale medio “redondo”.

—Así me gusta. Las cosas claras. Ahí va el medio “sonante”,

—¡Vizconde! —llamó Facchino—. Un frasco del turco para el señor y mi menda.

—¿El turco?

—Está sin bautizar —aclaró Facchino.

—Para el vino soy un infiel, aunque no esté en la luna.

—Me da el pálpito que no sois ningún “pasman”,

—Acertasteis, “avispan”.

—Siéntate —invitó Facchino—. Te calé a la que entraste.

—Nos calamos, dirás.

—¿Cuál es el asunto? ¿Joyas, ropa o fardos?

—Da gusto hablar con compinche de talla. Estoy de reposo.

—¡Ah!… ¿Se dio bien?

—¡Ajá!…

—Entonces… ¿quieres gastarlos con pupila?

—Otra vez diste en la justa. ¿Ves mi loro?

—No tengo telarañas en las mirillas.

—Gana la plata a sacos.

—¿Cómo?

Ladeó la cabeza Bruyant. Invitó:

—Tiéndele al compinche la garra, “Coclicó”…

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra! — graznó el loro.

Facchino se dignó arrugar la nariz.

—Gracioso animal. Pero verás, compadre… Me he convertido en un repulsivo burgués, y no quiero follón, ni gresca, ni camorra, en mi sala. Tú quieres embobar a los burgueses, que mientras miren tu animal hablador perderán peso, porque tus compinches les aligerarán los bolsillos. No puede ser, compinche. Lo siento… pero en casa de Facchino no montas tu tinglado.

—¡Quita allá, barbián! Yo también he progresado. Quiero terminar mis días decentemente. Di un buen golpe, y he alquilado compañía de comediantes, que presentaré.

Arrugó la nariz Facchino, pero esta vez con repulsión.

—¿Comediantes? No quiero que me rompan el mobiliario mis clientes.

—A tu salud —brindó Bruyant.

Bebieron ambos. Sentíanse compenetrados.

—A la tuya —chasqueó Facchino la lengua, complacido.

—Te daré una “visual”. ¿Qué es lo que irrita a los que presencian comedia? Verse satirizados. Y luego tener que aguantar al que pasa con el plato, pidiendo “monises”.

—¡Diste en la cabezota del dragón!

—Yo he suprimido ambos “pelos”. Verás cómo va la cosa…

Aparezco yo, con el loro. Charlo, y tranquilizo. Aseguro que no cobramos, que tú nos pagas…

—¡Ni hablar!

—Es un decir, muchacho. Tú no pagas. Tú, cobras.

—¡Menos! ¡Tú no eres un “lila”!

—Déjame hablar, castañeta… Por dejar funcionar a mis talentos, en el tinglado, jurándote que no habrá alivios de bolsa, te daré un “redondo” diario. El público de hoy no pagará. Les diré que, al revés de siempre, “hoy se fía, mañana no”. Los que mañana vengan, pagarán, y tu sala reventará de gente.

—Atiende, palomo gavilán… Hoy trabajas. Si mañana no viene la cantidad de “primos” que acostumbro a tratar con miramientos, tienes mi promesa de que tus protegidos fregarán un mes en mis cocinas.

—Choca.

—Escupe antes el pago convenido.

—¡Como este! Puedes morder; no los fabrico.

Facchino sirvió otra copa de vino.

—¡Vizconde! Este compinche mío tiene entrada libre con cuantos vengan con él. Vete a ver ya si estoy allá al fondo… — y aguardó unos instantes—. Ahora no te escarbes el seso para engañarme. Te he tratado como a un hermano.

—Correspondo.

—Leal consejo; si te manda Francia, Inglaterra, el turco o la emperatriz de la "Cochambre” a hacer de “escucha-corro-y- digo”, dímelo. Te devuelvo el ducado, te deseo feliz viaje, y aquí no ha pasado nada.

—Mírame el blanco del ojo, y verás que soy todo lo que quieras, menos esto. ¿Por qué la indirecta con maza?

—El conde Mancini parece que anda ansioso de dar hospedaje en Los Plomos a los extranjeros, y si fueras de los que cito, iríamos juntos a los Fosos, pero allá ibas a saber quién era yo. Aunque… mira, seré un blandengue, pero confío en ti. Tú eres un “pinta” de los sanos, y has comprendido que yo, por las buenas, un merengue, y por las astutas, un puerco. ¿Cabal?

—¡Ajá!

—Monta, pues, tu tinglado, compinche,

* * *

—¿Os parecieron entretenidas y cautivadoras mis amigas Giana y Loretta? —inquirió Olimpia.

Revers d'Estoc, sentado a un extremo, y Luys Gallardo a otro de la larga mesa presidida por la hermana del Dux, habían tenido alternativamente a ambas patricias por compañeras de festín.

Un delicado festín de cuatro horas de duración, en las que ellas habían charlado abundantemente,

Revers se había encogido de hombros con la misma abundancia, y Luys Gallardo había dado atinadas réplicas de velada ironía, captada por Olimpia Steno

—Vales tú mucho más, mi dama —replicó el trovador—. Ellas… son lindas casquivanas que no gozan de mi simpatía, porque pudiendo ser buenas esposas, prefieren ser cornudas coquetas.

—Mordaz eres, trovador. ¿Y vos, Revers? ¿Me haréis el honor de darme opinión?

—Comparto la del señor español.

—Lo supuse. Hombres de aventura, como vuestras mercedes, no hallan embriaguez en necias aventurillas. Por esta razón, he dispuesto para esta noche una farsa que de vuestro gusto será. He obtenido también la seguridad de que antes de mañana sabréis dónde se halla Juliot Legars, Revers.

—Gracias.

—Casi deseo que terminéis con vuestra obsesión Revers. Seguramente mejorará vuestro carácter… ¿Habéis oído hablar de la góndola roja?

Negaron ellos.

—Por especial disposición de La Señoría, cuantas góndolas naveguen por Venecia irán pintadas de negro. Tan sólo yo, como hermana del Dux, poseo derecho a góndola de color. Y el Dux. Y… Mancini. Su góndola de color sangre es temida. Lleva a bordo seis bravis de talla y dos verdugos. Unos barcaroti siniestros… La felza que es la camareta, es anchísima. Han muerto muchos y muchas en ella.

—Interesante —sonrió Luys Gallardo.

—Esta noche, a las doce y media, pasará lentamente por el trecho que festonea el ala derecha de este palacete. Irá en la camareta un caballero al cual no debe sobrevenirle ningún daño. Ocho asesinos son poca cosa para vuestras mercedes, pero… la

góndola debe seguir surcando los canales. Los verdugos llevan capucha roja, y los bravis antifaz del mismo color. Si… contáramos con seis valientes en quienes confiar.

—Los puedo tener, mi dama. A estas horas vagabundearán por los alrededores de la “Hostería de San Marcos” unos compañeros de aventura. Suman cinco, pero uno es mi escudero y lo absuelvo de lances. Pero Cayo y Policarpo servirán. Ya están los ocho substitutos.

—El asalto a la góndola ha de ser lo menos ruidoso posible.

—Mis dagas. Pero ¿y la contraseña que hay que ir dando a cuantos espías jalonan las márgenes?

—Nos la dará el caballero que a bordo estará en la camareta.

—Bien. ¿Después…?

—El mismo caballero señalará el camino. Y poco he de valer si al rondar la una no entro en la góndola acompañada por el conde Muzio, vuestro amigo, trovador.

—¿Después…?

—No sé. Pero correré un gran riesgo. Muzio se creerá rodeado de esbirros suyos. Hablaremos… Será para mí un alivio saber que, al otro lado de la cortinilla, estáis vos, trovador, y si Muzio intentara causarme daño, lo evitaréis.

—¿Después…?

—A bordo se decidirá. Y con toda seguridad, esta misma noche tendré la prueba precisa para acusar ante La Señoría a los dos florentinos.

—Así sea, para bien de Hermosilla.

—¿Es ella vuestra dama del ideal por quien lucha el paladín, o… es la damita del corazón?

Revers prestó atención a la pregunta irónica de Olimpia.

—Mi corazón abarca a todas y a ninguna, porque hasta hoy el único amor no hallé, aunque no desespero. Hermosilla tiene una belleza muy especial.

—Lo será, porque yo la he visto linda, sin más. Vulgarcilla, como ella, montones…

—Es belleza de alma, madona Olimpia. Sus ojos son puros, de limpidez bondadosa. Es la esposa. ¿Entiendes esto, patricia? Es la mujercita que incita a formar hogar, a abandonar el camino… ¿No es así, caballero Revers?

—Acabáis de expresar con palabras lo que yo pensaba sin saberlo decir, señor Gallardo —manifestó el francés.

—¿Cocina, esclava, barridos…? —rio ella.

—La poesía del hogar, Alteza, y ojalá algún día sopléis hornillo, barráis suelos y sumisa esclavicéis a un hombre. Pero… desdicen mis vulgaridades del decorado, madona Olimpia. Esta noche, la góndola roja os mecerá sin peligro.

—Hasta entonces, mis caballeros andantes. Y casi… envidio a Hermosilla,

Salió ella. Revers d'Estoc bebió. Luys Gallardo siguió un instante con la mirada fija en la puerta por la que acababa de desaparecer la hermana del Dux,

—Le habéis dado una cortés lección —dijo Revers, de pronto.

—Creo que no le gustó.

—Tampoco le gusta que no quiera ser… su juguete.

—Dos motivos por los que quisiera haceros un ruego.

—Decid, señor.

—Voy a ausentarme unas horas. Tened a bien no separaros de la sala donde se halla Hermosilla…

—¿Pensáis que…?

—Todo es posible. Madona Olimpia es vengativa, y a veces el amor propio de una bella altiva, postergada a una niña humilde, puede provocar enojosos contratiempos.

—Gracias. Vigilaré Y… prefiero advertiros que la señorita me… inspira los deseos que hablasteis. Hogar, sosiego…

—Grato me es oíros, y, empleando vuestra fórmula diré también: prefiero advertiros que, si honrada es vuestra intención, tenéis en mí un amigo. Si no… tal vez me enseñaréis ese golpe secreto de estoque, y espero no aprenderlo antes de haberos hincado acero en el cuerpo, si vuestra mente no es, como creo, limpia por lo que a Hermosilla respecta.

Revers d'Estoc quebró en su diestra la copa de cristal. Una vena se hinchó en su frente… Con esfuerzo, murmuró:

—Es la primera amenaza que… continuando en vida quien la pronuncia, he oído, señor español

—Tomadla como homenaje a vuestra futura esposa, señor francés.

Tardo Revers unos instantes en apaciguarse. Sonrió, y su

semblante adquirió repentina infantilidad…

—Os enseñaré el revés de estoque… amigablemente, señor.

—Entonces… justipreciando en lo que vale la promesa, sabed que Hermosilla ha preguntado con mucho interés y rubor por vos.

—¡Ah!… Yo quisiera decirle a ella que… al verla, me sentí muy distinto. Que no soy un malvado. Que cuando mi venganza logre, sabré reír como los demás. Que…

—Decídselo a ella, y os juro que habréis adelantado las tres cuartas partes del camino que conduce al altar.

Levantóse Gallardo. El francés se encaminó con él hacia la puerta.

—¿Tardaréis mucho, señor?

—Lo suficiente para tomar contacto con Bruyant.

—Saludadle en mi nombre. Me mostró un excelente punterazo… y es un alegre luchador.

En la sala de música los dos corsarios y la hija de Mancini mostraron su contento al ver aparecer al trovador seguido por Revers.

—Tened la bondad, caballero Revers, de hacer compañía a la señorita Hermosilla, mientras converso con estos amigos.

Hermosilla esbozó una reverencia, Revers, una inclinación… Con guiño cómplice, Cayo y Policarpo separáronse para escuchar al trovador.

—Esta noche os precisaré, amigos.

—Mandad. Si hay que asaltar el infierno, allá, vamos.

—Una góndola.

—¡Nuestro oficio, aunque no eran góndolas, sino naves de más calado!

—Después os expondré el plan. Y si queréis ser padrinos de boda, fingid que os interesan sobremanera aquellos libros.

Señaló Gallardo unos atriles al extremo opuesto de donde se hallaban Revers y Hermosilla.

El codazo de Policarpo coincidió con el que recibía.

Partió el trovador.

—Hace un día muy soleado —comentó Revers, después de tres minutos de mutuo silencio.

Aquella observación se le antojó a Hermosilla una elocuente manifestación de discreción e inteligencia.

—Las flores agradecen mucho el sol —replicó, convencida.

—Vi una vez un jardín donde, junto a un estanque, había un pabellón cubierto de flores. Así lo quiero en mi casa.

—Los pajaritos también alegran mucho.

—Yo prefiero los alanos, los dogos y los grandes perrazos que miran con tanta fidelidad cariñosa.

—Es natural.

—¿Verdad?

—Sí, porque el perro acompaña mucho al hombre. Pero detesto la caza, porque hace sufrir a pobres animales…

—No me gusta la caza.

—Gracias.

—¿No os cansa mi charla?

—Espero que tampoco la mía os importunará. —y, tras breve pausa, indicó—: Es bonita aquella vitrina.

—Preciosa —admitió Revers, mirándola a ella.

—La vajilla… cuando reluce, es un tesoro.

—Yo digo lo mismo.

En la sala abovedada y recoleta ampliábanse las voces.

Cayo susurró:

—Ensartan disparate tras vaciedad… —comentó, con agrado.

—Esto es amor a flechazo limpio, besugo.

—Ya… Pero tenemos que saber quién es él.

—Lo ha presentado el señor Luys. Basta.

—Bueno. La niña está alelada.

—Y él, flotando… Ya puedes ir sacando la ropa de los domingos.

—Me dolerá perderla.

—Hombre… El caballero francés necesitará escuderos…

En aquel rincón del palacete reinaba la sencilla felicidad de una aurora, porque cuatro corazones nobles latían en noble anhelo…

Capítulo III

EMPIEZA LA FARSA...

AL fondo de la vasta sala, alzábase un entarimado, y una tela blanca cubría la ancha boca, colgando de travesaño en el que dos mascarones de cartón, “Drama” y “Comedia”, ponían, respectivamente, gesto agriamente triste y mueca de hilaridad.

Como siempre, la sala de Facchino estaba muy concurrida. Facchino, personalmente, daba explicaciones yendo de mesa en mesa y de palco en palco:

—Comediantes excepcionales, mis señores y damas. Hacen reír a tripa batiente, si es que me excusáis la grosería en gracia a la realidad, y no piden dinero.

Tras el telón, el Doctor se mesaba la cabeza, se amasaba el rostro y paseaba como león enjaulado.

Tras el entarimado, invisibles para el público, los demás comediantes acechaban anhelantes la entrada de caballerizas.

Bruyant Lartiguers no estaba. Y contaban mucho con la efectiva predisposición que, como apertura, produciría en el público la pintoresca charla del hombre del loro.

* * *

—Bien, Bruyant. Aplaudo tu vocación artística. Asistiría a tu representación, pero quiero reservarme para el paseo en góndola, A la media noche, en el palacete que te he descrito.

—¡Como un clavo, jefazo! ¡Sus y exterminio a Mancini y Muzio!… Y… ten paciencia con Revers, Creo que es un pobre muchacho con un tormento moral a rastras, don Luys.

—¡Ajá! —parodió, riendo, el trovador—. Hasta la media noche. Y que sea óptima la cosecha de tomates y hortalizas.

* * *

—¡Vizconde! —llamó Facchino—. Puedes advertir a los comediantes que hora es que asomen la jeta, porque mi distinguido público se está caldeando.

No tuvo necesidad el bizco de cumplir el encargo. El telón se abrió, y Bruyant Lartiguers apareció…

Cesaron conversaciones y ruidos. Alguien rio…

—¡Un bicho! —exclamó la Abeja, palmoteando.

—¡Un pájaro de la tierra de Colón, el genovés!

—¡Silencio! —gritaron los más.

Puños en las caderas, dio un paso Bruyant. Sus claros ojos color ceniza recorrieron a los que miraban…

—Salud y buenas digestiones, damas, señores, damiselas y damiselos que me escucháis. Yo soy de pueblo, y mi abuelo siempre me decía: “Calla, Bruyant, y así nadie se dará cuenta de que eres un asno”… Pero tan sabio consejo nadie sigue… La mudez sería general… ¡caramba!

—¡Caramba, qué opípara cuchipanda! —graznó en muy claro pero grotesco italiano el loro.

Y muy coléricos sus redondos ojos, mordióse la garra, en equilibrio sobre el hombro del gascón, mientras una carcajada, unánime hacía temblar jarros y frascos.

Bruyant esperó unos instantes, guiñando al percibir el guiño satisfecho de Facchino, instalado en pie junto al estrado.

—Resulta, venecianas y venecianos, que hace tiempo que me di cuenta que la farsa agrada cuando provoca movimientos en la tripita…

—¡Tripita contenta, hogar feliz!… —manifestó “Coclicó”.

El criado bizco, asiéndose las costillas, reía a mandíbula batiente. Facchino: le miró de reojo y lo llamó con un gesto.

—A lo tuyo, vizconde. Ríe, pero despacha vino y manjares. ¿O es que supones que eres mi público? ¡Gandul! ¡A reír a tu casa!

—Y como decía mi abuelo: “Hay que ver lo que hay que hacer

con ésta —y se tocó Bruyant la frente— para no mover éstos —señaló sus brazos— y llenar éste" —tocándose el estómago.

—¡No vale! —gritó uno en el público, al cesar las risas—. Ya lo he oído ese facecio,

—¡Anda! Pues ¿y qué quieres, ansioso? —preguntó Bruyant—. ¿Que invente yo la manera de asar la mantequilla? ¿No dices "gracias," cuando te dan pienso? Pues también he oído esta palabra yo, y no por eso armo follón…

—¡Viva el follón! ¡Farra, gresca y camorra! —exclamó, aleteando con vigor, el loro.

—Dentro de unos instantes, y ya que habéis abucheado merecidamente a este caballero que lo es cuando va a caballo, empezará la farsa. Veréis a Polichinela dándoselas de astuto, mientras Colombina, sin rechistar…

—¡Al que rechiste le parto los dientes! —aseguró "Coclicó".

Facchino se limpió los lagrimones, encantado.

—"Sembrao, sembrao" —comentó—. Mi compinche y su loro van a ser muy populares en Venecia.

* * *

A las once de la noche, Galeazzo Muzio, ya sin bastón ni cabestrillo, entró en "Il Facchino".

El telón blanco estaba corrido. Hacía ya una hora que había terminado con gran éxito la primera representación. Éxito debido a las intervenciones chocarreras de Bruyant y su adiestrado animal.

Giorgio Facchino salió al encuentro de su distinguido cliente, precediéndole hasta llevarle al discreto palco.

—Por suerte, Excelencia, os reservé esta balconeta. Ha cundido ya el rumor entre los noctámbulos, y, como veis, mi sala rebosa…

—¿Qué rumor?

—La compañía de farsas que, no reparando en sacrificios, he ido a contratar al otro extremo de la península…

—¡Farsante! —rio Muzio, que estaba de magnífico humor—. Si no te has movido de Venecia desde hace diez años.

—Es verdad. Lo cierto es que son algo excepcional, Excelencia. Vos mismo juzgaréis.

—¿Averiguaste lo que te pedí?

—La plebe de mis lacayos anda preguntando a diestro y siniestro. Si las Damas de la Noche existen, lo sabréis antes del

amanecer. ¿Os envío compañía?

—No. Te llamaré si te necesito. Vete.

—Siempre atento a vuestra llamada, Excelencia.

Fuera del palco, añadió el bravi, entre dientes:

—Así te pudras lentamente, muriendo de día y Resucitando de noche, compadre. ¡Y pensar que eres todo un respetado y conspicuo personaje, cuando barrunto que en tus tiempos fuiste aún peor… que yo mismo!

Muchos de los concurrentes, sobre todo del sexo débil, empleaban antifaz. Una enmascarada se aproximó a Facchino…

Con acertado golpe de vista juzgó Facchino que, por la calidad de telas, adornos y joyas, era una patricia…

Y el tono autoritario, aunque amable, le confirmó su primera impresión.

—Condúceme a la balconeta que acaba de ocupar el conde Muzio.

—Servidor de bellas soy, pero… el conde Muzio ha manifestado su intención de estar a solas.

—Llévame hasta la puerta. Del resto, me cuido yo.

—Gracias, generosa —dijo Facchino, haciendo desaparecer en su ancha faltriquera la bolsita cuyas mallas transparentaban ducados de oro—. Estos persuasivos labios me han conquistado. ¡Ah! ¡Qué afortunado es el conde Muzio!

Rio Olimpia Steno.

—No envidies nunca, Facchino —dijo, siguiendo al bravi—. Caricias y besos de mujer, esconden a veces dulce veneno…

—Cuando quieras dame de ese veneno. Estoy inmunizado. Aquí es. Me retiro. Suerte, y Cupido te proteja.

Galeazzo Muzio se puso en pie al aparecer la enmascarada.

—Tanta cortesía me abruma, conde. Sentaos, por favor. No me esperabais, y tal vez adivináis quién soy…

—Quiero creer que no es alucinación… Tengo tan grabada vuestra imagen en mi pensamiento, que…

—¿No me invitáis a refrescar la garganta?

—Perdonad… Tiemblo como un adolescente ante el amor… Olimpia ¡Mi amor!

—Moderad la pasión, conde la noche es joven aun… y queda mucho por hablar.

—¿No me guardáis rencor? ¿Me habéis perdonado? Comprended que si empleé ardid villano excusa tengo porque os amo…

Rio ella gentilmente, excitante, muy femenina…

—Dadme una copa, Galeazzo. Brindemos por el buen éxito de nuestros mutuos deseos.

Encandilado, besó Muzio el antebrazo de Olimpia Steno, al recoger ella la copa.

Contrajo el brazo la hermana del Dux… Fulguraron sus pupilas.

—Cuidado, conde Muzio… No soy criada de mesón, ni coqueta de poca monta… No repitáis libertades… Os daré yo la señal, pero por ahora permaneced a distancia. Después hablaremos… Dicen que hay aquí unos comediantes dicharacheros.

Pacientemente, Galeazzo Muzio se sentó. Semejaba una corpulenta ave de presa acechando a una incauta paloma…

Y dirigió la mirada hacia el blanco telón, que, abriéndose, cedió paso al gascón, sobre cuyo hombro "Coclicó" dormitaba, cabeceando.

—Hola, amado pueblo. Ya nos conocemos, y, en confianza, todo va mejor. Ya sabéis que todas las noches, de nueve a diez y de once a doce, actuaremos con liberal generosidad. Hoy se fía, mañana no.

Dio un estridente chillido, y el loro, despertándose bruscamente, revoloteó lanzando su grito de alarma:

—¡Gascón, gascón, ahueca, que hay quema!

Olimpia Steno reconoció en el juglar al que, en Sansovina, confundió en principio con Revers d'Estoc, por lo que le indicó el oficial de marina.

—Tiene desparpajo el mozo. Y buena planta —comentó.



Llevóse las dos manos a la garganta,

—Prefiero el loro —sonrió Muzio.

—¿No os extraña mi presencia aquí?

—De vos… todo lo espero,

—¿Elogió, cumplido, reproche o amenaza?

—¡Por Baco, Alteza! Prendido me tenéis, y por vos… capaz soy de todo.

—Os cojo la palabra, y luego hablaremos de ello. Escuchemos.

—… y tenía razón mi abuelo cuando afirmaba que la luna da malos pensamientos a las niñas lánguidas. Si el tallo, de un rosal se ondula al apoyarse en él un ruiseñor, creen ya que él príncipe azul

ha llegado. Esto le sucedió una vez a…

Seguía la representación. Después, el Doctor y sus comediantes divirtieron con graciosa comedia adaptada de Aristófanes… y “aumentada” por repentinas apariciones del gascón y su charlatán pajarraco.

Cuando el telón cerró la boca del tinglado, Olimpia Steno preguntó:

—¿Sabéis qué hora puede ser?

—Han repetido los titiriteros, y anunció el Doctor, que, como obsequio, trabajaban media hora más. Es, pues, la media noche y buen trecho de la hora nula…

—Hace mucho calor —comentó ella, abanicándose—. ¿No estaríamos mejor en mi góndola para hablar?

—Tanto honor me abruma, Alteza.

Extrañada, ella se levantó. Había esperado una negativa.

—Si lo preferís, iremos donde queráis, Galeazzo.

—A estas horas rondará la góndola del conde Mancini. ¿Tenéis reparo en acomodaros en ella?

—Ninguno. La felza que ampara los amoríos de un conde, bien puede honrarse con la presencia de la hermana del Dux.

—Posiblemente, si vamos por la tratoria de Morosini, la veremos pasar,

—Os sigo.

En las calles, la brisa fresca de otoño transportaba las emanaciones de los jardincillos colgantes que eran las balconadas de la mayoría de las casas.

Por los canales deslizábanse en lenta caravana las barcas en las que gustaban de pasear los venecianos.

En el recodo del canal Morosini, apareció la proa roja pintada con el escudo de Mancini.

Seis remeros, tres a cada lado, manejaban sus pértigas. Tras la camareta, cruzados los brazos, dos encapuchados en rojo inmovilizábanse en siniestra postura.

—¡Brrr! —rio Olimpia—. Es góndola más propicia a albergar suspiros de terror…

—Vos disipáis negruras.

—Rojeces, en este caso.

Galeazzo Muzio avanzó, agitando los brazos. La góndola vino a

detenerse junto a los peldaños de la escalinata en que se hallaban él y la hermana del Dux.

Dirigióse ella a la camareta, y Muzio preguntó:

—¿Rumbo especial, madona?

—Mar abierto. Más soledad.

—¡Que me place!

Dio órdenes Muzio, y vino a sentarse en la espaciosa cámara adornada con lujo fastuoso.

Linternas rojas convertían en brasa el interior,

—Estamos solos, Galeazzo. Y antes… que os precipitéis… hablemos. ¿Os interesa saber quiénes son las Damas de la Noche?

—Sí.

—Yo soy una.

—¡Revelación extraordinaria!

La góndola abandonaba el canal Morosini, entrando ya en el mar, que quietamente reflejaba la plata lunar.

—¿Sabéis qué me he propuesto?

—Difícilmente puede un hombre saber lo que una mujer se propone, cuando ni el Diablo lo sabe.

—Tenéis un aire de triunfo exultante, Galeazzo.

—Oírme llamar por mi nombre, veros sola conmigo… ¿No colma mis más recónditas ilusiones?

—Refrescaré el ambiente, conde. Me he propuesto demostrar que el conde Mancini es un vil asesino.

—¡Por Baco! —rio Muzio—. Todo os está permitido, y los gondoleros nada repetirán. Pero grave es la chanza…

—¿Chanza? Tengo pruebas.

—¿Sí?

—Abandonad ese aire zumbón, conde Muzio… ¿Veis este estilete? —y del seno extrajo ella un acerado puñal—. Os arañará, si os acercáis.

—Deleitosa aventura. ¿Qué más, Alteza?

—Podréis huir… si me entregáis el documento que os firmó hace veinte años Gino Mancini.

—¿Qué documento?

—Cuando fuisteis a Livorno…

—Un momento, Alteza. Sois una bella imprudente. Vuestro estilete de nada sirve. Pero vuestra lengua es temible…

—Tenéis la posibilidad de huir, Galeazzo Muzio. Entregadme el documento y… firmad una declaración. Después… ya sabréis hallar buen refugio en otro Estado.

Miró Galeazzo Muzio a través de las lucarnas.

Olimpia Steno rio, triunfante…

—Sois valiente, Alteza. Hay aquí nueve hombres… ¡y vos sola! Alrededor, mar tan sólo, Completa soledad.

—Que favorece mis propósitos.

—¿Y si os dijera que mañana, al amanecer, flotará vuestro cadáver enlazado al de un extranjero, que demostrará el conde Mancini que es o era espía romano?

—¿Y si os dijera que estos ocho hombres no son los que creéis, sino que uno de ellos es el propio español que os dio una lección de espada, en Rugieri?

—Demostradlo.

Gritó ella:

—¡A mí!

Demudóse bajo el antifaz su semblante, cuando sintió su muñeca aprisionada por la mano izquierda de Muzio.

Los gondoleros siguieron remando de piano. Los verdugos, impasibles, no se movieron…

Con su rostro casi junto al de la hermana del Dux, sonrió Galeazzo Muzio en mueca feroz:

—Mañana, Olimpia Steno, Loretta Grimaldi y Giana Luchesi, aparecerán en la góndola rosa, con pruebas irrefutables de que en orgia hallaron la muerte, acompañadas de tres espías que muertos yacen ya en la góndola color de rosa. No luches, hermosa… Nada te salvará… Grita… De nada te sirve… ¿No prefieres oír cómo han, fracasado las Damas de la Noche?

Capítulo IV

UNA GANSA, UN RATÓN Y EL ZORRO

LORETTA GRIMANI, velado el rostro, esperaba a las nueve de la noche, en la galería que era antesala al gabinete del conde Mancini.

Un bravi la precedió, cerrando tras ella la puerta. Al fondo del gabinete, Gino Mancini acariciaba el lomo de uno de sus gatos.

—Bienvenida. Mona Loretta. Vuestra deliciosa figura me produce el efecto de un vino cordial, Sentaos…

—Es… muy grave lo que vengo a revelaros,

—Un instante, permitid.

Levantóse Mancini. No tenía en su poder los informes relativos a Loretta Grimani, nieta de uno de los Diez.

Se encaminó hacia el gabinete de Loredan Corvineli. El bravi que ante la puerta montaba guardia se apartó respetuosamente.

—Loredan… —empezó a decir Mancini, al entrar.

El gabinete estaba vacío de toda humana presencia. Dirigióse Mancini al gran armario, donde alfabéticamente, por carpetas, estaba contenida la vida privada de la mayoría de los habitantes de Venecia.

Extractos brevísimos, muy explícitos…

—"Gar… "Gio"… "Gra"… —fue leyendo Mancini.

Y cuando en su mano tenía ya la carpeta marcada por las letras "Gri", permaneció erecto, tendiendo el oído.

Percibía claramente un excitado maullido ronroneante… Miró todo el suelo en rededor.

Alzó varias cortinas, buscando el gato que pensó habíale seguido hasta el gabinete de Corvineli.

No había gato alguno, y, no obstante, el maullido aumentaba en intensidad, ahora que se hallaba junto a la pared lindante con su gabinete.

Y claras, como si a su oído sonaran, oyó las palabras de Loretta Grimani que en la habitación vecina decía:

—¡Quieto, minino! No hay ratones aquí.

Dilatados los ojos, alzó la cabeza Mancini. Y vio bajo la cortina que había levantado un largo tubo subdividido en dos ramales, terminados en pabellones semejantes a los de las trompas de caza…

Tardó unos instantes en comprender. Se serenó, aunque sus manos tenían la frialdad de un mármol.

Cuando entró en su gabinete, encontró a Loretta Grimani en pie sobre el sillón, alzadas las faldas, y emitiendo grititos inarticulados.

—Ha cazado un ratón —murmuró ella, al ver a Mancini.

—Atinado símbolo. Hemos cazado un ratón. No tengáis miedo, niña. El ratón está ya agonizando… ¡Fu, fu! —ahuyentó el gato, que con su presa en las fauces desapareció bajo un diván—. Bien, mi querida niña, podéis decirme lo que os ha traído, dándome el placer de extasiarme ante vuestra juventud exquisita.

—No sé por dónde empezar…

—Por el principio —sonrió Mancini, ausente, pensando en Corvineli.

—Pues Olimpia Steno nos dijo a Giana Luchesi y a mí que podríamos conocer caballeros forasteros, y así averiguar muchas cosas sobre vos… y el conde Muzio.

—¡Eterna Eva, siempre curiosa!

Gino Mancini era tanto más encantador, cuanto más meditaba maldades.

—Sí —continuó ella, tranquilizándose—; nos dijo que seríamos las Damas de la Noche, y aceptamos sin saber lo que pasaría.

—Gentil cualidad de Eva —dijo, paternalmente, el florentino—. No tiembles más, pequeña… Tú sabes que aprecio mucho al senador Grimani… y tengo debilidad por las pobrecillas imprudentes…

—¡Esto me ha decidido a venir! Sé que vos… me protegeréis…

Vos me amparareis…

—Con labios cerrados, ¿no es así?

—¡Sí! ¡Que no se sepa!…

—No se sabrá, cuando yo sepa. Continúa, Loretta.

—Hoy… esta tarde, Loredan Corvineli fue anunciado estando nosotras con Olimpia. Se fue ella, y Giana me dijo: “Me gustaría escuchar lo que viene a decir Loredan, este cuervo”, Y yo dije: “¿Cómo?” Nos deslizamos por la salita posterior, y escuchamos…

—Muy bien. ¿Qué oísteis?

—Es horrible, señor conde…

“Maldita gansa”, pensó Mancini. Pero como zorro que no quiere atemorizar, sonrió:

—Nada hay horrible entre buenos amigos. Procura no hacer comentarios, sino explicar.

—Loredan habló de muchas cosas… Dijo que era Lorenzo Cipriani, hermano de Leonora Cipriani… que lleva años y años espiando… que el conde Muzio envenenó… que vos le escribisteis un documento… ¡Es horrible, señor conde!

Gino Mancini sonreía, pero el gato, que habíase acurrucado sobre sus rodillas, bufó, y en salto veloz huyó, porque las manos frías del florentino se hundían en su lomo…

—Sigue, Loretta. Has venido, y eres mi amiga. Habla.

—Dijeron que os odiaban, y que esta noche… os darían el golpe de gracia. Porque a las doce y media asaltarán la góndola roja… ¡Pero yo he venido, sin consultar a Giana, porque… dijo Loredan o Lorenzo que… vos acusaríais a las Damas de la Noche de conspirar contra Venecia! Y yo no he conspirado.

—Tú no puedes conspirar, tontuela. Procura serenarte. Explica las cosas razonablemente.

—Loredan entregó un pliego lacrado que encerró Olimpia en un cofre. Contenía una declaración contra vos y el conde Muzio. Después acordaron que a la media noche, cuando la góndola pasara ante el palacete de Olimpia, la saltarían dos extranjeros llamados Revers d’Estoc y Luys Gallardo.

—¿Luys Gallardo? Querida niña, estás haciendo un gran servicio a Venecia. Loredan ha fraguado una calumnia bien urdida para desprestigiarme, pero no lo logrará. Dime: ¿qué más sabes?

—En el palacete están los dos españoles padres adoptivos de

Hermosilla, y ésta también…

—Magnífico… —murmuró Mancini, cerrando, los párpados—. ¿Olimpia?

—A las once irá a la taberna de Facchino para atraer al conde Muzio a la góndola roja, donde serán Luys Gallardo, Revers d’Estoc y seis compañeros de ellos, los que substituyan a los esbirros, a los ayudantes.

—¿A las once? Queda tiempo sobrado. Bien, Loretta. Has obrado muy sabiamente, confiando en mí. Nadie sabrá nada. ¿Has hablado con alguien de todo esto?

—Vos el primero.

—Muy bien. ¿Te conocen Luys Gallardo y Revers d'Estoc?

—Estuvimos cuatro horas con ellos.

—Bien, bien… A las once y cuarto tú y Giana iréis al palacete… Tenéis sobrados atractivos para que, inocentemente, como Damas de la Noche, ofrezcáis refresco de hidromiel a los que naturalmente esperarán con cierta ansiedad la llegada de la góndola. Serán ocho bravos, pero la sed acomete en esos momentos que preceden a la acción, y si el néctar proviene de bellas manos femeninas, es doble ambrosía. ¿Ves aquella alacena? No te equivoques… Coge el frasquito de vidrio azul…

Dirigióse ella a la alacena indicada. Regresó con el frasquito.

—Viértelo en jarra de hidromiel y en otra de vino. Y dad de beber a los sedientos, cuando estén todos reunidos. Mientras, decid que Olimpia os envió a hacerles compañía… Después… esto tiene efectos casi fulminantes. A los cinco minutos quedarán sin sentido.

—¿Muertos? —tembló ella.

—No, no… Simplemente dormidos. Y entonces, aguardad ambas mi llegada. ¿Lo has entendido bien todo, niña?

—Todo, señor conde.

—Dame un beso y vete a descansar junto a Giana Luchesi. Y comprended que si habláis con alguien…

—¡Oh, no!

—Anda, preciosa… Hasta luego.

* * *

Galeazzo Muzio habló media hora con su cómplice.

—…desaparecidas así las Damas de la Noche y Loredan, y en los fosos los tunantes y en mi poder Hermosilla, el triunfo renace y la

mala estrella ha cesado —resumió Gino Mancini.

Éste, a la medianoche, hizo señal desde el malecón del Canal Borghése.

La góndola roja se alineó, y Loredan Corvineli saludó respetuosamente.

—Hola, querido Loredan. Fresca está la noche. Tengo la frente ardiendo… No me vendrá mal un poco de brisa…

—¿Rumbo, excelencia?

—El que vos queráis, querido Loredan.

En la camareta, escanció Gino Mancini una copa después de beber la suya. La tendió a Lorenzo Cipriani, que bebió.

—Bien, bien… ¿Y qué hay de las Damas de la Noche? Son las doce en punto. Hora propicia…

Lorenzo Cipriani cayó sentado, pasándose la mano por la frente.

—Perdonad, excelencia… Un súbito vahído…

—Ya la otra noche tuvisteis uno semejante. Trabajáis demasiado. Tenéis que descansar… Seguramente os parece que vuestros miembros se enfrían y que vuestra lengua se hincha… Creedme que lo siento, Lorenzo Cipriani, sin sadismo ni refocilamiento.

Lorenzo Cipriani quiso moverse. No pudo. El fulminante veneno actuaba, paralizándole.

Sus ojos giraron desorbitados. Gino Mancini habló, pesaroso:

—Es cuestión de vida para mí, Lorenzo… Como lo fue el casarme con Lucrezia… y condenar a Leonora. La ambición es otro veneno… Adiós, messer Cipriani. Era demasiado fuerte el juego…

Cogió entre sus brazos el yerto cadáver.

—Sufriste ya demasiado, Lorenzo Cipriani. Por esto te he dado el más rápido veneno. Tú o yo… ¿comprendes?

Salió a cubierta y dejó deslizar el cuerpo por la borda. Regresó a la camarita.

—A las doce y media pasad por delante del palacete de madona Olimpia, y deteneos ante la escalinata —ordenó—. Después… id al canal Morosini, y aguardad, paseando, la llamada del conde Muzio.



...Mancini acarició el lomo de un blanco gato

Capítulo V

UN LORO PRECIOSO Y LAS BELLAS BACANTES

A la medianoche, Bruyant hizo su última aparición. Saltó luego del tinglado al establo.

Bembo anunció:

—Marcharon ya al palacete los compinches, señor. Y yo… ¿me voy a quedar aquí?

—Sobra uno, y eres tú. Así lo ordenó el jefe. Total, vamos de paseo. Un truco gracioso. Mañana, todos juntos.

Bruyant, envolviéndose en su capa, iba a colocar al loro en su jaula, pero decidió:

—Un paseo te irá bien, “Coclicó”. Hemos trabajado por vez primera en nuestra vida y hay que celebrarlo. Dormirás en un palacio.

A pie abandonó la taberna por la salida posterior. El loro, friolento, se adhirió al cuello y mejilla del gascón.

—Tápate, capullo. ¿No ves que llevamos capa?

Internábase por obscura callejuela, cuando sobre él se abatió ancha manta, y cuatro individuos, cada uno a un extremo, corrieron inclinados.

La “Tapata” era infalible. Agachados, reunieron las cordezuelas alrededor de los tobillos del gascón.

Uno de ellos gritó:

—¡Me ha mordido!

—El loro… ¡Cuidado no se ahogue! ¡Es precioso! ¡Nos dará mucho dinero!

En una zahúrda, los cuatro maleantes mantenían encadenado a la mesa el loro, que gruñía irritado.

En un rincón yacía, envuelto en cordezuelas y amordazado, Bruyant Lartiguers.

* * *

Luys Gallardo sonrió al ver aparecer a Loretta Grimani y Giana Luchesi.

—Bella aparición. Os presento a Vinagre, Frambuesa, Respingón, Cayo y Policarpo. El caballero Revers y yo ya hemos disfrutado de vuestra presencia.

—Olimpia nos manda… —declaró Giana Luchesi.

Los tres gascones ahogaron un silbido admirativo al ver a las dos patricias, más atractivas que nunca, en su afán de mostrarse complacientes y seductoras.

—Dijo Olimpia —sonrió Loretta Grimani— que a los gladiadores romanos les daban hidromiel antes de empezar la batalla.

—Falta aún más de una hora. Llamábanse bacantes las que ofrecían el hidromiel —indicó Gallardo.

—Bebida estimulante —acotó Policarpo.

—Si alguien nos quiere ayudar a buscar, iríamos a las bodegas del palacete y… —insinuó Giana, “la llama candente”.

—¡Yo! —exclamaron simultáneamente cinco voces.

Luys Gallardo hizo un ademán evasivo.

—De galantes es acompañar a damas… Pero, regresad tan pronto encontréis el néctar, amigos.

Revers d’Estoc, al irse les cinco precipitadamente tras las dos bacantes, comentó desdeñoso:

—Arriba duerme la inocencia representada por… mi prometida. Y abajo, dos… despreciables coquetas parecen gozar enloqueciendo.

—Bah, Revers. Si ellas pedían guerra, ¿iba yo a clamar paz?

Media hora después aparecían ellas dos, y tras ellas, que portaban un jarro de hidromiel y otro de vino, los cinco aventureros.

—Larga fue la búsqueda,

—Nos extraviamos… —rio, como si la cosquillearan, Giana Luchesi.

—Son muy picaros vuestros amigos —observó, con gazmoñería, Loretta Grimani.

—Preferible es correr un tupido velo, bergantes —dijo Luys Gallardo—. Espero que no habréis faltado al respeto a estas damas… más allá de lo conveniente.

—No hemos bebido ni una gota —aseguró evasivamente Respingón—. No quisieron dejarnos beber.

—Vos primero, señor español.

—No tengo sed.

—¿Me despreciaréis la oferta? —insistió Giana.

Bebió el trovador la copa ofrecida de hidromiel.

Revers d’Estoc siempre tenía sed. Bebió dos de vino. Los otros cinco tenían sequera de garganta… Vaciaron los dos jarros.

—Me prometisteis, Giana… —murmuró Frambuesa—, que me tocaba a mí acompañaros a la bodega para dejar el jarro de hidromiel.

—Y a mí, con vos, Loretta, el de vino —sonrió beatíficamente Respingón.

—Cumplimos cuanto prometemos,

Partieron los cuatro.

Cayo se encogió de hombros. Policarpo le imitó, Vinagre farfulló;

—¡Si esto son señoras… yo soy el marqués de la Tinaja!

Sentóse Revers d’Estoc. Se reclinó contra un bargueño Vinagre. Los tres españoles se desabrocharon el coleto.

Cinco minutos después, Giana Luchesi y Loretta Grimani contemplaban los cuerpos tendidos de los “gladiadores” vencidos antes de combatir.

Faltaban minutos para la medianoche, cuando dos embozados llegaron al vestíbulo.

Miraban a diestro y siniestro con cautela. Llegaron poco después a la sala donde Giana y Loretta, sobresaltáronse al ver aparecer a las dos sombras.

—Servicio del conde Mancini —anunció uno de los recién entrados.

—Ya hemos… cumplido —replicó Loretta.

Otras cuatro siluetas se perfilaron, desembozándose.

—¿Dónde están los dormidos?

—Acompáñales, Giana. Estoy cansada.

Quedó uno en la sala. Los otros cinco tenían por misión recoger los narcotizados y en góndola llevarlos a los fosos, con destino a las "cisternas de olvido".

—Los españoles, juntos. Los franceses, en otro grupo —fue ordenando el que los dirigía—. Decidnos quiénes son los españoles, señora.

Apenas hubo ella hecho las identificaciones, agitó los brazos… Pero su cuello, doblado en férrea presión por el antebrazo de un esbirro, se quebró…

En la sala, Loretta Grimani trató de pensar. ¿Qué le sucedería a Olimpia Steno?…

Cesó de meditar, porque el esbirro que la acechaba, precipitándose, hundió sus dedos en la blanca garganta, estrangulándola.

* * *

Gino Mancini señaló a las dos muertas.

—Ya sabéis. En la góndola rosada, junto a los tres espías. Procurad que parezcan haber luchado. En cuanto a los aventureros estos, que sean colocados por grupos en las "cisternas del olvido".

—Hay cuatro franceses y tres españoles, excelencia.

—Ya… Y las cisternas son para dos o tres. ¡Te ahogas en un vaso de agua! —rio Gino Mancini, de muy buen humor—. Juntos los tres españoles, y al francés que os sobre, echadlo en otra.

Fueronse los bravis, llevando sus cargas. Gino Mancini se dirigió al cofre que le había indicado Loretta.

Cuando, haciendo saltar los cerrojos, asió el sobre lacrado entregado por Lorenzo Cipriani, exhaló un hondo suspiro.

Después, en distintos lugares que podían servir de escondite, fue colocando papeles escritos. Pruebas que condenarían a las difuntas Damas de la Noche, como conspiradoras.

Y entonces, solo en el palacete, cuya servidumbre acudía durante el día solamente, fue subiendo las escaleras…

¡Por fin, Hermosilla… estaba inerme, en su poder!

Recorrió salas. Una puerta, al abrirse, reveló una alcoba.

En alto lecho, iluminada tenuemente por velón que despedía

perfumado olor de rosas, dormía apaciblemente Violeta Mancini.

Sonreía, soñando en Revers d'Estoc…

Gino Mancini entró pisando suavemente. Se detuvo.

Un extraño impulso le hacía contemplar con respeto a la durmiente. Pensó que sería amor.

Rio cínicamente, y de pronto, Violeta Mancini, despertando, lanzó un grito:

—¡Revers! ¡Auxilio!

—Cálmate, niña…

—¡Revers! —gimió ella, despavorida.

—Ningún daño te haré, Hermosilla. Cálmate… Tus padres y Revers están presos… De ti dependerá que no mueran… Vendrás conmigo… No te haré ningún daño… Sólo cuando tú quieras… libres quedarán los tres españoles y Revers.

Violeta Mancini, temblando, cubrió sus hombros con el embozo.

—¡Maldito seáis, Gino Mancini! ¡Genio infernal!…

Y lloró en sacudidas nerviosas, desconsolada…

Gino Mancini retrocedió, Habló con dulzura:

—Libre eres, Hermosilla. La vida de cuatro hombres que quieres está en tus manos. Pero si tanto me odias… Escucha, niña… Esta noche tengo mucho que hacer… Mañana ven a mi gabinete. Hablaremos…

—¡Acudiré a la justicia del Dux!

—Demostraré que conspiraban, y lo confesarán… cuando el verdugo les torture. Evítalo, Hermosilla… Mañana esperaré tu visita.

—¡Maldito seáis, Gino Mancini! —y derrumbóse ella, llorando.

Gino Mancini esbozó un gesto. Sentíase impelido a acariciar… paternalmente, la rubia cabeza de la atormentada doncella…

Retrocedió de nuevo. Ella acudiría al día siguiente, y a la luz del día, no cabían necios sentimentalismos…

Abandonó el palacete, aspirando con deleite la frescura nocturna. Era de nuevo el poderoso, el triunfante conde Mancini, dueño de Venecia.

Las Damas de la Roche y Lorenzo Cipriani habían enmudecido para siempre.

Capítulo VI

LOS FOSOS

LLAMÁBANSE también los Plomos, las Tumbas, las Cisternas… pero en lo que coincidían todos los pareceres, era en que podían contarse con los dedos de la mano los que habían salido con vida de aquellas lúgubres cárceles.

Tras la sala donde aplicaban justicia los Diez, presididos por el Dux, había otra destinada a los tres jueces de instrucción.

Y tras ésta, un largo pasadizo conducía hasta una enorme y pesada puerta, cargada de hierros y cerrojos.

Abríase la puerta sobre un vasto espacio subterráneo, al cual se descendía por estrechos peldaños en declive casi vertical.

Cerca de ellos, el vasto espacio presentaba unos entrantes, donde los instrumentos de tortura se acumulaban.

Después seguían celdas, donde se recluía a los presos que iban a ser sometidos a “interrogatorio”.

Al final de aquel antro, otras escaleras conducían a otro idéntico subterráneo que olía poderosamente a moho.

Gruesas ratas se deslizaban por él: “Las góndolas de los gemidos”, las llamaban los carceleros.

Pero en aquel espacio no se abrían celdas, sino hoyos a cada lado. Y una reja servía a modo de techo.

Eran los fosos, propiamente hablando. A veces, tras largos años,

salían sus ocupantes, si habían sobrevivido… Pero generalmente iban a engrosar los fangosos fondos del canal.

Y una tercera y más baja sala era la del “olvido”. Allí también unos hoyos, iguales a los fosos, abríanse a cada lado del pasillo central.

Las ratas y reptiles pululaban en la tercera sala. En pie, los prisioneros destinados agonizar, sin esperanza de salvación, se aferraban a las rejas que formaban techo.

Lamentos, imprecaciones, risas de loco, eran cotidiano rumor…

—Aquí mismo —dijo uno de los carceleros, levantando una reja.

Luys Gallardo, Cayo y Policarpo resbalaron inertes por la rampa, hasta quedar en confuso montón al fondo de la “cisterna”, llamada así porque la humedad reinante convertía el suelo en charco pestilente…

—Éstos aquí.

Los esbirros empujaron los cuerpos de otros tres.

—Sobra uno —dijo un carcelero, rascándose el pecho—. Y el reglamento prohíbe cuatro en una cisterna.

—Es francés —declaró un esbirro, como si esto ayudase al carcelero.

—¿Francés? ¡Hombre! Esta misma noche han traído a uno, que está… ¿Dónde está el nuevo, Simón? —gritó a otro carcelero.

—En la doce.

—Allá. ¡Diablos! ¡Ayudadme! El tipo pesa lo suyo… Le convendrá una cura de ayuno.

—Puro músculo —comentó, admirado, un esbirro, asiendo por los brazos al narcotizado Revers d’Estoc.

Preparado a fustigar si el que ocupaba la cisterna intentaba lo imposible, que era salir, el carcelero levantó la reja.

Deslizóse Revers d’Estoc, y, dando una vuelta, quedó de bruces en el charco.

Cerraron la reja…

—Oye, Giovani —fue alejándose la voz del carcelero—. La próxima vez que vengas, no te olvides de mi encargo, ¡hombre!

—Ya te lo traeré. Esta noche no pude… ¿Sigues queriéndolo viejo y sarnoso?

—Sí… Son les que mejor cazan ratas. Y así me distraeré. Aquí dentro hay días en que se aburre uno mucho…

Revers d'Estoc yacía inmóvil. El otro ocupante de la cisterna, se inclinó.

Asió por los sobacos al joven, y, levantándolo, lo colocó sentado en el banco de piedra húmeda, pero no encharcada.

—Pobre desgraciado —murmuró Juliot Legare—. ¿Qué habrá hecho?

Sentóse junto a los pies del narcotizado, respaldándose en el muro opuesto.

—¿Qué he hecho yo? Nada en Venecia… Y aquí estoy… ¿Te encuentras mal, compañero?

Alargó el brazo, tocando las rodillas de Revers d'Estoc. Se puso en pie, y aplicó la mano en la sien del narcotizado.

—No está muerto. Embriagado. Es fuerte y joven…

Sonrió con tristeza el corsario, volviendo a sentarse.

—Cualquier veneciano que molestaba a alguien. Mal despertar tendrás, muchacho.

Juliot Legars se acomodó mejor, y cerró los ojos. La comida que una vez al día arrojaban por la reja terminará pronto con él.

Mejor… Morir era ya su única posibilidad de paz espiritual. Y el llamado Loredan Corvineli, a estas horas habría advertido ya a Hermosilla que era la hija de Gino Mancini…

Abrió los ojos. La inmovilidad de su compañero de cisterna, le hizo murmurar:

—Le han dado adormidera. Mejor hubieran hecho dándole veneno de muerte… porque para un muchacho, a esta edad, debe ser horrible agonizar aquí…

Un loco aulló como un perro que ulula olfateando la muerte…

Juliot Legars volvió a cerrar los ojos. Y cortado a instantes por lamentos, imprecaciones o aullidos de locura, un denso silencio imperó en el húmedo cementerio de vivos.

Las ratas dormían… Sólo les interesaba la hora en que los carceleros iban arrojando pitanza: un pedazo de carne, otro de pescado. ¿Agua? El charco de cada cisterna saciaba la sed de los prisioneros…

Y la mustia luz de las linternas era el sol permanente en la lóbrega cárcel de los fosos venecianos.

Próximo episodio: